

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



¿No desea otra cosa la Señora? (Pág. 660, columna 4.ª).

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

PRIMERA PARTE.

I.

Generalmente se cita á los ingleses como el pueblo en el que se encuentran mas ejemplos de originalidad, ó por mejor decir, de escentricidad. No se hace en los tres reinos un testamento en el que una vieja legue dos schellings por semana á una sirvienta, para alimentar un gato ó un loro, sin que no se imprima y se publique inmediatamente; y luego se le añade un comentario, en el que se demuestra que la escentricidad de la Gran Bretaña no degenera ni mas ni menos que su poder en la India. Los ingleses no dejan sus ridiculeces, porque han conseguido transformar estas en cualidades ante el universo, gracias á la constante y furiosa admiración que tienen de sí mismos y de todo lo que emana de ellos, y gracias tambien á la manía de muchas gentes que, no pudiendo ser de su país, porque no tienen ni las gracias, ni el talento, ni el saber vivir

peculiar de su provincia, se hacen anglo-maniáticos por ser alguna cosa.

Estas reflexiones se han aglomerado en mi pensamiento sin saber cómo, por el recuerdo de la historia que voy á contáros. El lector juzgará si hay alguna analogía entre la escentricidad inglesa, y la singularidad que me hizo escribir el antiguo conde de Chevalaine, en las palabras que anoté sobre un voluminoso paquete atado, cerrado y sellado, que son las siguientes:

«Este es mi testamento: se abrirá cuarenta y un dias despues de mi muerte en presencia de todos mis herederos, cuya lista sigue á continuación. Advirtiéndome que si uno de ellos faltase á la hora del medio dia, salvo cuando dicha falta fuese motivada por la muerte, este testamento no será abierto, y si quemado inmediatamente, haciéndose entonces las particiones de mis bienes con arreglo á las leyes.

»LISTA DE MIS HEREDEROS.

»1.º Bernardina de Chevalaine, condesa de Fernic, hermana mia, de edad de setenta y cuatro años, heredera directa.

»2.º El conde Lorenzo de Chevalaine y la señorita Lucía de Chevalaine, que son mis sobrinos, herederos en representación del señor vizconde Lancetol de Chevalaine, que era mi hermano menor.

»3.º El caballero de Chevalaine, cura de Magname, que es hermano mio, heredero directo.

»4.º Luisa Vermont, sobrina mia, hija de Proserpina de Chevalaine, que era mi hermana menor, y que se casó con el Sr. Luis Vermont. La dicha Luisa de Vermont se ha casado á su vez con Mr. Gros y C.ª (testual), banquero en Paris: es heredera, por lo tanto, en representación de su madre Proserpina de Chevalaine.

»5.º y último. Carlos de Chevalaine, mi sobrino pequeño, hijo del menor de los Chevalaines, cuyo menor era hijo del mayor de Chevalaine, escudero y hermano mio. Dicho caballero de Chevalaine es heredero en representación de su padre y de su abuelo, ambos difuntos.

»Solo en presencia de dichos herederos y de ningun modo ante otras personas, á escepcion del escribano que deba leerlo, debe ser abierto este testamento como ya he dicho.

»EL CONDE DE CHEVALAINE.

»En mi castillo de Chevalaine, distrito judicial de Martigny, el dia 3 de abril de 1839.»

En virtud de otras disposiciones escritas, dicho testamento estaba colocado en un pequeño armario cerrado con una vidriera resguardada con un enrejado de cobre. Estaba colocado encima de una almohadita de terciopelo carmesí, y todos los habitantes de la vecindad habian sido

admitidos á visitar este curioso autógráfo : yo mismo declaro haberlo visto, y recuerdo que dije en mi jóven inesperecia :

—Este testamento no se leerá.

—¿Y por qué? me dijo el escribano que me acompañaba.

—Por que entre todos los herederos habrá seguramente un individuo al menos, que tema ser desheredado por el testador, y rehusando el presentarse y destruyendo por este medio el testamento, se asegurará al menos la parte que la ley le señala. Segun decis, no hay menos de ochenta mil libras de renta que deben partirse: ¿no habrá un heredero para el cual diez y seis mil libras de renta aseguradas sean una fortuna?

—Hay, prosiguió el escribano, en el número de los herederos, individuos para los que diez y seis mil libras de renta es una fortuna inesperada. Los hay tan ricos, que dicha cantidad pasaria desapercibida en el océano de sus especulaciones; y los hay tambien para los que dicho aumento en sus entradas seria una fortuna razonable. Los unos son viejos, los otros jóvenes: unos que pertenecen al sexo feo, y otras al sexo hermoso; pero todos vendrán seguramente, porque eso es una loteria que se va á jugar, y cada uno de ellos, por lo menos, pensará sacar la mejor parte, y nadie resistirá á ello.

—Un buen toma, vale mas que dos te daré, le contesté, y me parece que si fuera uno de los elegidos.....

—Vendriais, repuso interrumpiéndome mi interlocutor, aunque hubieseis sido echado y maldecido por un tio tan extravagante.

—La originalidad de ese escrito os persuadiria que las disposiciones testamentarias padecerán ó tendrán el mismo carácter que él; y gracias á esta reflexion, mientras menos derecho tuvierais á esperar, mas esperaríais. No tengo necesidad de habláros de los que saben que estaban en buena armonia con el testador: estos serian estúpidos si abandonaran las probabilidades que tienen; y aunque no los conozco personalmente, ni sé cuáles son sus cualidades, sus defectos, su carácter ni sus costumbres, apostaria con confianza diez contra uno, á que no faltará nadie el día y á la hora prefijada. Además, si podeis esperarós algunos dias, veréis si me equivoco, porque la apertura de este testamento tendrá lugar el día 14 de este mes, y estamos á 6.

—Si; pero nadie ha llegado aun.

—Pues yo apuesto para el 14, desde media noche hasta medio dia.

Rehusé la apuesta, dejé á Martigny, y le rogué al escribano que me tuviera al corriente de lo que ocurriese.

No lo hizo; pero hace pocos dias que recibí un billete, dándome parte de su muerte; y con él, el manuscrito siguiente:

Ignoro quién lo ha escrito, ni cómo el que lo ha hecho se ha procurado los datos auténticos, y las cartas originales que contiene. Inserto el manuscrito en estas memorias, como he insertado ya la narracion de M. P.... bajo el titulo de *Desgracia completa*, y dejo á otros el cuidado de indagar cómo se pueden descubrir sucesos como los que verá el lector. Este preámbulo tiene por objeto el clasificar los diversos individuos que figuran en esta historia, y sobre todo, los diferentes grados de parentesco que tenían con el testador, que no me parece que están bien explicados en dicho manuscrito.

MANUSCRITO.

Carta de Mme. Luisa Cros á Mme. Melanie Delantin.

MARTIGNY, 9 de mayo, en el castillo de Chevalaine.

Ya sabes, querida Melanie, el singular testamento que me ha hecho dejar á Paris, ó por mejor decir, tú sabes como mi marido me ha precisado á asistir, en calidad de heredera, á la apertura de dicho testamento.

He prometido contarte mi viaje, y principio sin omitir la mas ligera circunstancia.

El día 7 á las tres de la mañana, dejamos á Paris.

Me preguntabas cómo haria para levantarme á dicha hora, y encontré un medio escelente, que fué el de no acostarme. Fui, por ser el último día, á casa de madama B.... en donde encontré varias personas conocidas; volvíme á mi casa á las dos y media; á las tres menos cuarto estaba desnuda, y á las tres en punto envuelta en una bata y un capote de pieles, esperaba á Mr. Cros en mi berlina.

Este llegó diez minutos despues de la hora convenida.

—Creia, le dije, que tan solo para mis placeres era cuando tardabais; pero veo que lo mismo os pasa con los negocios, de lo que me alegro infinito, porque esto escusa á mis ojos muchas faltas pasadas.

—Podriais ser mas indulgente, me contestó, porque de lo que vamos á ocuparnos son de negocios que os pertenecen: entre tanto, permitid que os presente á Mr. Camilo Perrin.

Esto fué á consecuencia de un arreglo que tú no sabes, y que tampoco supe yo hasta el dia de mi marcha, en que Mr. Cros me dijo durante el almuerzo, que estaba desolado por no poder compartir el cupé conmigo.

Te confieso que eso no me disgustó de ninguna manera, porque bien sabes, querida amiga mia, lo que me gusta la soledad, y la necesidad que tiene de ella toda el alma que no está muy asociada al mundo; por lo tanto, aquellas veinticuatro horas de contemplacion en silla de posta hubiesen sido para mi una buena fortuna. Pero encontré que era desatento el modo con que Mr. Cros me habia precisado á hacer aquel viaje, y el haberme impuesto sus determinaciones para acompañarme, dejándome sola. Le declaré, pues, que no partiria si no ocupaba mi cupé, á lo que me contestó:

—En ese caso, voy á escribir á Mr. Camilo Perrin para que tome la mala-posta.

Ya habrás oido hablar algunas veces del señor Camilo Perrin, que tiene tanta celebridad en la bolsa; que ha penetrado hasta en los salones, á los que no concurre nunca. A lo que creo, es un matemático que se ocupa de empresas agricolas. No puedo explicarte bien lo que es; pero es un hombre que pasa por sabio.

—Mr. Camilo Perrin puede tomar la diligencia si quiere, le dije á mi esposo; pero no me habiais dicho que nos honraria con su compañía.

—Ni yo mismo lo sabia, me dijo Mr. Cros. No debia estar desocupado hasta dentro de dos dias; pero estándolo esta misma noche, pensé que po-

dia acompañarnos, ocupando vos el cupé y nos otros dos la berlina; pues no me hubiera atrevido á proponeros el que lo admitierais por tercero en nuestro viaje.

—Y habeis hecho muy bien.

—Mr. Perrin, repuso Mr. Cros, es un hombre muy ocupado de cosas abstractas, de teorías sabias y de estudios especiales, en los que no comprenderíais nada absolutamente.

—¿De veras?.....

—Y que os hubiera fastidiado con disertaciones muy luminosas para un hombre de negocios; pero demasiado oscuras para una mujer del gran mundo.

—En verdad, señor, le dije á Mr. Cros, que estoy por rogáros el que me permitais subir en vuestra berlina para asegurarme por mi misma de que soy tan ignorante y tan limitada como decis.

—No he dicho eso, de ningun modo..... Pero estoy seguro que Mr. Camilo Perrin os fastidiaría sobre manera, mientras vos por vuestra parte.....

—Fastidiaré mucho á Mr. Camilo Perrin, ¿no es eso?

—Eso queria deciros, á escepcion de la palabra *fastidiar*. Porque asi como nada comprenderíais en los cálculos de Mr. Perrin, en el mismo caso creo que se encontraria este si le hablarais de la sociedad, de espectáculos ó de modas, y seria capaz de tratar eso como frivolidades.

—Vuestra opinion, segun eso, es que no sirvo mas que para hablar de cosas fútiles; pues bien, deseo tener por juez á Mr. Camilo Perrin, y me siento con bastante valor para arrostrar el hastio con que sin duda le habeis amenazado por parte mia, y soportar al mismo tiempo el que me promete su ciencia.

—Como gustéis, contestóme Mr. Cros dejándome sola.

Hé aquí por qué, mi querida Melanie, me presentaban á Mr. Camilo Perrin en el momento en que íbamos á marchar, cuando estaba ya recostada en un rincon de la berlina.

No sé qué descabellada idea me hizo creer que mi esposo habia representado una comedia por la mañana, á fin de hacerme hacer lo que queria, teniendo el aire de soportar mis exigencias; por lo tanto, en vez de contestar á la presentacion, incliné ligeramente la cabeza y me hundi, por decirlo asi, en mi rincon; mi marido ocupó el otro, el caballero se colocó en frente de él, y partimos á galope.

II.

Aunque no habia visto bien á Mr. Perrin cuando entró en el carruaje, á la luz de la linterna que habian acercado á la portezuela, me pareció que era bastante jóven, y cuanto me lo permitió una rápida ojeada, juzgué que su porte era hasta elegante si se quiere.

Hice como que dormia para poder escuchar mejor la conversacion de ambos, y juzgar por ella de lo que tendria que soportar durante diez y ocho ó veinte horas; pero creyeron indudablemente que mi ejemplo merecia imitarse, y al cabo de media hora dormian con maravillosa tranquilidad. Mr. Cros se puso á roncar desde luego, lo que me recordó los primeros meses de mi matrimonio. Mr. Camilo Perrin no roncaba,

pero su cabeza se tambaleaba á merced de los movimientos del carruaje del modo mas grotesco: el buen sabio luchaba contra el sueño; en fin, ese enemigo de las vigiliás de la ciencia lo venció; y recostándose cómodamente en su almohadon, concluyó por roncar como mi esposo.

Sin embargo, el dia se acercaba y quise examinar á su primer resplandor el compañero que me habia dado mi marido; pero tenia una capa que le cubria hasta las orejas, y por último (puesto que no te he de ocultar nada), un gorro de algodon metido hasta los ojos.

No es posible el encontrarse mas chasqueada que lo que me encontré en aquel momento..... Habia lo suficiente para detener el coche y volverse á París..... Pero Gros-René estaba en el pescante, y aunque le hubiera gritado una y mil veces de detenerse, no lo hubiera comprendido ni mas ni menos que si le hubiese hablado en alemán. Ya conoces á René, que es ese ayuda de cámara que no he conseguido que Mr. Cros lo separe de la casa.

Tuve ganas de incomodarme; pero conocí que estaba en terreno enemigo, y me dormí de rabia.

¿He dicho qué me dormí? mi querida Melanie, no; me entregué en cuerpo y alma á la mas horrible pesadilla que he tenido en toda mi vida. Un zumbido horrible resonaba sin cesar en mis oídos, y á cada momento me parecia que me ahogaba bajo un inmenso gorro de algodon, que una mano invisible suspendia sobre mi cabeza: una vez no pude evitar aquella terrible fantasmagoría, y sentime, y aun me vi, adornada con aquella cosa que me horrorizaba. Esta última peripecia de mi sueño me despertó completamente, y vi á Mr. Camilo Perrin que, armado de un peñecito, se arreglaba las patillas que tenia algo enredadas; ¡por que gasta patillas! ¿entiendes? patillas como las llevan.... Por Dios, que no conozco á nadie que lleve patillas: ruégale á tu esposo, que, segun dicen, ha sido uno de los buenos mozos del imperio, que te explique lo que es eso.

—Habeis tenido un sueño muy agitado, señora, dijo Mr. Perrin cerrando su peine y metiéndoselo apaciblemente en el bolsillo del chaleco.

—Señor, le contesté..... he soñado toda la noche con gorros de algodon.

—Es una cosa sumamente cómoda para dormir, me dijo con el aire mas tranquilo del mundo, y sin que pareciera que habia apercibido la sombra de un epigrama en mis palabras.

Quise, por lo tanto, hacerle comprender mi intencion, y le dije:

—¿Con que hubiera dormido mejor con un gorro de algodon?

—Ciertamente, me contestó con un acento imperturbable; pero hubiera sido muy feo..... Se detuvo un momento, y luego continuó con la misma impasibilidad: —Muy feo, segun dicen, porque no he visto ninguna mujer con gorro de algodon.

Despues de esta confidencia, Mr. Camilo Perrin sacó de uno de los bolsillos del coche un frasquito, llevóselo á los labios, bebió unos doce sorbos del licor que contenia; y un fuerte olor á ron invadió la berlina.

—¡Hum! hum! hum! hizo Mr. Camilo; esto calienta un poco y disipa los malos humores.

—Antes de tapar el fraseo, me miró: creí que

iba á ofrecerme, pero se contuvo y se puso á mirar el camino.

—¿Y á esto le llaman correr en posta? dijo; ¡diez y ocho leguas en seis horas! Lo que pudiera llamarse andar con brevedad, seria el hacer diez y ocho leguas á la hora.

—Si, le contesté; pero no seria viajar entonces.

—Viajar..... marchar..... y llegar..... Conozco esa palabra que pretende ser espiritual porque la pronunció un hombre de talento: «Con los caminos de hierro se llega, pero no se viaja.....» Si es una verdad en cuanto á los caminos de hierro, tambien lo es para la mala posta, las diligencias y los coches; porque para viajar como lo comprendo, es necesario ir á pié. Por ejemplo, señora: ¿á dónde vais? ¡A Martigni! Pues bien, supongamos que estuviérais ya allí, como deberiais estar, resultaria que estariáis contenta, lo que prueba que los caminos de hierro no son malos. ¿Y si queriais ver el camino? Entonces era necesario no haber salido á las tres de la mañana, ni haberos dormido en vuestro rincon como habeis hecho.

—Teneis razon, le dije, y veo que comprendeis perfectamente la poesia de los viajes.

—¡Ah! me respondió sacando al mismo tiempo un cigarro de su petaca, y escogiendo uno para humedecerlo un poco con los labios: soy algo inteligente en la materia.

La accion de sacar el cigarro habiame asustado; pero hice como que no lo habia visto para ver hasta dónde llegaba la franqueza de Mr. Perrin. Pero este colocó su cigarro en la petaca, repitió su operacion, luego sacó otro alisándolo siempre con la misma sangre fria, sin dignarse reparar que habia una señora en el coche.

Le miré para ver si mi sorpresa y mi atencion le advertian su inconveniencia; pero ni alzó los ojos para mirarme; asomé la cabeza por la portezuela, y dijo en alta voz:

—¡Aquí!

Acto continuo la abrió, saltó en tierra y se quedó detrás del coche. Tres minutos despues, los caballos detuvieron su carrera; y vi que habiamos llegado á una cuesta tan larga como recta.

Este cambio despertó á mi marido que exclamó:

—Por mi honor, que me he rejuvenecido veinte años á lo menos; he dormido como en mi juventud, es decir, como un liron..... ¡Pero calla! ¿dónde está Perrin?

—Creo que ha bajado á fumar, le dije.

—¡Eh, eh! le gritó mi esposo desde la portezuela; teneis provisiones á lo que parece ¿eh? Pues soy de V., amigo mio.

Mr. Cros se apeó; solo que hizo parar el coche, echar el estribo, y á pesar de esto en poco estuvo que no rodara por el suelo.

—¡Diablo, diablo! decia sacudiéndose; estoy extraordinariamente entumecido.

Mi Arturo encendió un cigarro (cuando un hombre pasa de cuarenta años no debería llamarse Arturo; y ten en cuenta que el mio tiene cincuenta y dos), y luego subieron ambos casi al concluir la cuesta.

—¡Qué amable compañía! ¿no es verdad? qué viaje tan encantador! qué porvenir de ocho dias se presentaba á mis ojos! Porque mi marido en vez de llegar un cuarto de hora antes del término

fatal, se habia encaprichado en pasar ocho dias en aquel desierto. ¿Qué quieres? lo habia prometido y fuerza me era cumplirlo.

Aprovechéme, pues, de aquel momento para hacer bajar á mi camarista y arreglarme los cabellos. Corina trató de ponerme bonita, que es una costumbre muy antigua en ella; pero yo me encontré horrible y me alegré; porque hacerme bella para Mr. Cros ó Mr. Perrin, hubiera sido un abuso tremendo.

Terminóse la cuesta y como tuve el honor de recibir á mi esposo y á Mr. Perrin, hice bajar los cristales para salvarme del horrible olor á cigarro que traian.

—Y bien, me dijo Mr. Cros; ¿os sentis con algun apetito?

—Me muero de hambre, le contesté; pero mas que á la hambre, temo al almuerzo que vamos á encontrar.

—Almorzaréis mejor que en la roca de Cancale, dijo Mr. Perrin.

—¿Y en dónde? preguntó mi esposo.

—Al próximo relevo: llegaremos dentro de diez minutos.

—¿Es una buena posada? dijo Mr. Cros.

—¡Eh! exclamó Mr. Perrin al cruel Gros-René; ¿has puesto las provisiones en lugar seguro?

—Están cuidadas respetuosamente, contestó el digno ayuda de cámara á mi digno esposo.

—Sois un hombre admirable, dijo Mr. Cros; nunca olvidais nada.

—Napoleón perdió el imperio del mundo por no haberse acordado de los comestibles cuando fué á Rusia.

Esta frase fué dicha con una indiferencia tranquila, y cuenta, querida amiga, que Mr. Perrin se colocaba no solo al igual sino sobre el nivel de Napoleon, como pudiera hacerlo yo al tratarse de mi costurera.

—¿En qué sitio nos encontramos?

—En Monfort; hé ahí el castillo que se eleva en aquella colina.

—¿Es este el famoso castillo de Monfort? dijo á Mr. Perrin con aire de tímida curiosidad.

—Así dicen, contestóme limpiándose las uñas con el cortaplumas.

—¿Y qué pensais de él? proseguí para saber hasta qué punto se podria hablar de alguna cosa con Mr. Perrin.

—En cuanto á mi, no creo nada de él. Su dueño era inglés por su madre, segun dicen, y por eso tenia el titulo de conde de Leicester; mas aunque hubiera sido francés, poseyendo una finca como esta, no hubiera hecho aquella guerra tan estúpida como abominable por ganar un señorío.

—¿No contais, segun eso, con el entusiasmo religioso?

—Eso es una necedad inventada despues de los sucesos: Simon era demasiado ambicioso para tener fé y.....

En esto se asomé á la portezuela y dijo:

—Hemos llegado: y luego con voz estentórea gritó: —¡Sr. Gros-René, las provisiones!

En efecto, llegamos ante la puerta de una especie de figon: Mr. Camilo Perrin saltó en tierra por segunda vez para recibir una enorme canasta de manos de Gros-René; Mr. Cros bajó con su ordinaria lentitud, y yo baje á mi vez como pude, sin que nadie pensase en ofrecerme la mano.

III.

Encontré dichas maneras bastante divertidas, y me decidí á hacer como ellos; ordené á Adriano que abriera mi baul, tomé un cuarto, y me establecí en él para hacer mi toilette.

Estuve media hora sin oír hablar á nadie; al cabo de dicho tiempo Gros-René vino á avisarme de parte de su amo que el almuerzo estaba servido. No contesté y continué en aquel sitio sin hacer nada, porque ya estaba vestida.

Un cuarto de hora despues vinieron á avisarme de parte de aquellos señores, que el almuerzo se enfriaba.

No contesté tampoco y me asomé á una ventana desde donde veía el patio interior de la casa de postas, en el que habia casi todos los animales de la creacion, y me entretenia en examinarlos y admirarlos, cuando llamaron á la puerta con impaciencia.

—¿Quién está ahí? dijo Corina.

—¿Es que la señora no baja? dijo mi marido con acento incómodo.

—No lo sé,

—¿Qué hace?

—No lo sé.

—Preguntádselo.

—Corina me interrogó con una mirada.

—Ya veis lo que hago, la dije.

—La señora se divierte en mirar los lechoncillos y los patos, contestó Corina con voz chillona é insolente.

Corina me venga de Gros-René, porque Mr. Cros la detesta.

—Rogad á la señora, respondió mi marido con voz fuerte, de que me haga el honor de contestarme.

—Señora, el señor me ordena, gritó Corina, de rogáros que le contesteis vos misma.

Yo seguí mirando al patio.

—Y bien, dijo Mr. Cros.

Yo estaba sorda.

—Luisa..... Mme. Cros..... ¿quereis almorzar, si ó no?

—Sí, le contesté, si es aquí y sola; pero si es con vosotros no.

Mr. Camilo Perrin estaba en una ventana, justamente debajo de la mia, y probablemente me oyó, porque le dijo á Gros-René.

—Gros-René, sirve el guisado.

—Sí, querida mia; se sirvió de esta horrible espresion, y cuando Adriano vino á avisarme, que es lo que quería, me pareció que aquella palabra me habia quitado el apetito; por lo tanto, pedí un par de huevos frescos.

Mientras me ponían la mesa oí á mis dos amables compañeros que almorzaban justamente en la habitacion que estaba debajo de la mia.

—Vamos, otra ala de perdiz, decía Mr. Perrin; qué ricos cangrejos; bebed un vaso de Madera. Veamos qué tal os parece esta ensalada.

Por último, me trajeron mi par de huevos y un vaso de agua.

Gros-René fué el que me los presentó; sin duda por una insolencia refinada de Mr. Cros..... el bellaco venia en traje de cocinero.

—¿No desea otra cosa la señora? me dijo con sorna.

—¿Comprendes tú, querida Melanie, que se tenga hambre, pero hambre hasta el punto de ar-

repentirse de no haber bajado, y de aceptar el par de huevos frescos!..... Pues eso me pasaba á mi.

No le contesté á Gros-René y quedéme ante el par de huevos y Corina, que despues que me sirvió, tuvo la cobardia de pedirme permiso de ir á almorzar; es decir, que abandonaba mi causa. Pero esa accion me la pagará mas tarde.

Entre tanto llamé á un postillon por la ventana y le dije que enganchara, que íbamos á marchar de nuevo.

Antes que me hubiera contestado, oí la voz de Mr. Perrin que decía:

—Vamos, vamos, Gros-René..... ¿no traes el café y el ron?.....

El delicioso aroma del moka subió hasta mí; yo no sé; pero no puedo decírtelo hasta qué punto el aire vivo del campo habia afectado mis nervios; pues me encolericé en tales términos, que tomé el partido violento de volverme á París, y de enseñarles á aquellos señores las atenciones que se le deben á una señora.

Bajé rápidamente, y metíme en el coche diciéndole al postillon que le daba dos luises si marchábamos antes que hubieran concluido de almorzar mi marido y Mr. Perrin. Pero el implacable Gros-René estaba allí, y aun no habian engancharado la última hebilla, cuando ya estaba en el pescante con la canasta de la vianda.

¿De qué hubiera servido en aquel momento decírtelo al postillon que tomase el camino de París? Gros-René se hubiera opuesto y habria llamado á mi marido: interviniendo este, hubiera resultado una escena y esplicaciones odiosas ante Mr. Camilo Perrin; por lo que me decidí á callar á fin de escaparme á la primera ocasion.

Pensé, pues, como te he dicho, guardar un profundo silencio para con los dos, pero falté á mi palabra por una circunstancia inesperada, y fué la de que solo mi marido se metió en el coche, mientras el Sr. Camilo Perrin se sentó en el pescante al lado de Gros-René.

—Verdaderamente, le dije, me alegro de que ese señor conozca lo inconveniente que es su presencia en mi carruaje.

Mr. Cros, que se relamía los labios, satisfecho del buen almuerzo que acababa de hacer, me miró con aire estupefacto.

—¿Tendréis la bondad de decirme en qué consiste la inconveniencia de ese señor?

—Si no lo comprendéis, le contesté, no puedo esplicárosló. El sentimiento de las consideraciones que se le deben á una señora, no se enseña; se tiene en el corazon como el sentimiento del artista.

—Veamos, me dijo Mr. Cros interrumpiéndome; vamos á hacer un viaje de negocios. Mr. Perrin es un hombre que se ocupa en empresas y no en galanterías..... No os encapricheis, pues, en vuestras pretensiones de mujer bonita, para figuráros que os han faltado á las consideraciones que se os deben. Cuando habeis dicho que teniais hambre, Mr. Camilo Perrin os prometió un buen almuerzo y se ha ocupado en prepararlo; luego si no habeis querido bajar, la culpa es vuestra y no suya. Hemos almorzado solos, y cuando se os ha antojado el marchar, hemos tomado nuestro café á galope para no haceros esperar: ¿de qué os quejais, pues?

—De que me hayais traído ese caballero.

—Lo habeis querido, señora.

—Pues bien; me quejo de que me hayais precisado á hacer este viaje estúpido; y para probáros cuánto me disgusta, os declaro que al primer relevo tomo el primer coche que se me presente y me vuelvo á París.

—¡Ah! dijo Mr. Cros; muy bien, como gustéis.....

—Pues ya que sois tan amable conmigo, os ruego que sea al momento.

—Con mucho gusto, dijo Mr. Cros. ¡Postillon! gritó desde la portezuela, volved hácia París.....

—No puedo, dijo el postillon; debo concluir mi relevo para la ida; y para la vuelta tomo otro tiro de refresco..... Por lo tanto, no puedo..... cuando lleguemos, entonces podeis volveros.

—No quiero ir mas lejos, exclamé persuadida que Mr. Cros sabia anticipadamente lo que le iban á contestar, y que por eso se habia mostrado tan complaciente.

—En ese caso, dijo el postillon que se habia apeado, voy á desenganchar y á dejaros aquí. Yo entre tanto llegaré al relevo y os enviaré caballos para conducirlos.

—¿Os conviene eso? me dijo Mr. Cros.

Yo pateaba de cólera cuando Mr. Camilo Perrin gritó.

¡Eh! ¿Mr. Cros?..... en qué quedamos; vamos hácia adelante ó hácia atrás? Si seguimos nuestro camino, me quedo en mi sitio; porque el sol me da de espaldas y eso me conviene; pero si nos volvemos me dará de cara, y entonces me vuelvo á mi puesto primitivo.

—Entonces por no tenerle en frente de mí, grité: ¡pues adelante!

Llegamos al relevo sin que Mr. Cros se dignase dirigirme la palabra. Cambiaron el tiro y continuamos nuestro camino. Yo no habia querido decir nada, decidida como estaba á volverme, pero sola. En cuanto á Mr. Cros, hizo como que no se acordaba de que hubiese manifestado la intencion de volverme, y se echó á dormir.

El calor era estremado á eso del medio dia: entreguéme á una soñolencia que tenia su encanto, y aunque me apercibí de que Mr. Perrin habia vuelto á ocupar su sitio en el coche, no quise incomodarme para que conociera lo que me disgustaba su presencia.

Ya eran cerca de las cuatro de la tarde cuando sali de mi adormecimiento al sonido de una voz chillona. Estábamos en una cuesta, y un pobre mendigo y ciego conducido por un niño, nos pidió limosna.

Entreabrí los ojos y vi á Mr. Perrin que sacaba gravemente su bolsa y buscaba con sumo cuidado una pieza de diez sueldos, que dejó en la escudilla que le presentaban.

—¿Cómo es que habeis escrito que la mendicidad era una de las plagas de la sociedad, dijo Mr. Cros; que hayais propuesto medidas para suprimirla, y que la animeis dando limosna á los mendigos? ¿De ese modo haceis la aplicacion de vuestros principios?

—Cuando el gobierno haya asegurado como debe la existencia de los individuos que no pueden trabajar, será un crimen hacer una limosna; pero rehusar un sueldo á un ciego anciano que no puede garnarse su sustento, seria demasiado duro.

—¡Gros René, gritó mi marido; dále cien sueldos á ese pobre ciego!

Me pareció que los diez sueldos de Mr. Perrin estaban mejor dados: en cuanto á él, hizo como si no se hubiera apercebido de la necia generosidad de mi esposo, y guardó tranquilamente su porta-monedas en el bolsillo. En este momento me miró y vió que estaba despierta.

—Señora, ¿no dormís? me dijo.

—Hace algunos minutos que la voz de ese mendigo me ha despertado, le contesté; pero no he querido mezclarme á ese acto de caridad, porque no queria hacer ni mas que Mr. Cros, ni esperaba obrar mejor que vos.

Mr. Camilo Perrin recibió mi cumplido como mis epigramas; es decir, con la mas completa indiferencia, por lo que principié á creer que aquel buen hombre no comprendía nada; y por lo tanto, renuncié á sacar nada bueno de él.

—¿Viajaremos de noche? le pregunté á mi esposo.

—Ya lo creo, respondió Mr. Cros.

—En cuanto á mí, dije yo, me es enteramente imposible; estoy fatigada en extremo y de seguro no pasaré otra noche en el carruaje.

—Segun eso, ignorais lo que son las camas de una posada, me dijo mi esposo.

—En Alençon hay fondas, repuso Mr. Perrin; y si hubierais hecho como yo, que traigo mis sábanas tan blancas como sanas, dormiriais bastante bien con la condicion de no estar acostumbrado á excelentes colchones.

—¿Pero estamos en un pais de salvajes? dije á Mr. Perrin.

—Señora, contestóme; estamos en un pais excelente, en donde se está mejor que en ninguna fonda de Europa; pero en las que no se duerme tan bien como en su casa.

Quise probar á Mr. Perrin dándole la responsabilidad de alguna cosa, y le dije:

—¿Cuál es vuestro parecer en esta circunstancia? ¿Pensais que debemos viajar toda la noche, ó bien que nos detengamos en Alençon?

—En cuanto á mí, me contestó, me es enteramente igual: le he concedido ocho dias á M. Cros, y que los pase en la cama, en el coche, á caballo, cazando ó en la mesa, no me ocupo de nada; quedémonos ó corramos, en cuanto á mí no tengo el menor inconveniente.

—Eso es lo que se llama tener un carácter que se acomoda á todo, caballero; pero lo que os pido es un consejo.—¿Haré bien en detenerme en un hotel ó pasaré la noche en el carruaje?

—Segun, señora; la solución de esa cuestion, depende de muchas cosas que ignoro para poder contestaros.

—¿Cómo, tan difícil os es el darme un simple consejo que os pido?

—Por mil razones, de las cuales hé aquí algunas: ¿sois difícil ó no lo sois? ¿Sois para dormir lo que se llama una persona delicada ó no? Si no sois lo primero, quedáos en Alençon; y si sois lo segundo, no lo hagais. Además, añadiré...

—¡Ah! caballero, le dije; con ese sistema puede uno dispensarse de dar el mas leve consejo; y es uno lo que os pido justamente.

—El no dar un consejo es una accion sabia.

—¿Llamáis sabio el no hacer una accion tan simple?

—Enorme, señora, enorme. El espíritu de cada cual está inclinado de tal modo á sustituir la sabiduría ajena por la propia, que el no ce-

der á esa tentacion es á mi modo de ver, una accion vigorosa. ¿Conoceis á alguien en el mundo, desde Mr. Cros, que es vuestro esposo y dueño, hasta vuestra camarista, que de un modo ó de otro no os hayan aconsejado?

—Consejos que no ha seguido, dijo Mr. Cros con una salida de tono algo chancera.

—¿Los vuestros ó los de mi camarista?..... le dije.

—Los míos, los míos, señora, prosiguió Mr. Cros.

—Y como los míos tendrian la misma suerte, creo inútil el dároslos....

—Pero, caballero, puesto que os pido ese consejo....

—¿Lo seguiréis?

—Si me conviene, sí.

—En ese caso es como si no os le diera.

—Teneis razon, le contesté riéndome. Os prometo seguirlo.

—Entonces viajad toda la noche.

—Convenido, caballero, le contesté; pero ahora que os he mostrado que sé seguir un buen consejo, ¿podriais decirme la razon del que acabais de darme?

—Con mucho gusto, dijo Mr. Perrin; la razon general es esta: mas vale sufrir en una posicion que está en nuestras costumbres, que el no estar del todo á gusto en una posicion desconocida. Me explicaré: para una señora elegante vale mas pasar una noche incómoda en un carruaje cómodo, que el descansar en una posada sucia y en una cama poco limpia.

—Me gusta vuestra razon general; pero ¿y la particular?

—Es la de que cuando se atraviesa un camino poco agradable; lo mejor es terminarlo lo mas pronto posible.

—Esa razon particular os será personal enteramente, caballero; de lo contrario, sería decirme que me fastidio en vuestra compañía.

—No diciendo eso, hubiera querido decir que era yo el que no encontraba muy divertida la vuestra; y no tengo derecho para ello. Pero lo que he dicho es, que cuando se hace un camino que no distrae, lo mejor es concluirlo pronto; y eso lo sostengo. En cuanto á mí, creia haberos explicado lo indiferente que me era estar aquí ó allá; por lo tanto, he querido hablar de V. ó de Mr. Cros.

—O de los dos á la vez, le contesté, porque un viaje conyugal debe ser siempre un fastidio legítimo.

—Eso puede ser, pero no debería ser, señora; mas esa es una falta tanto de los hombres como de las mujeres.

—¿Queréis decirme primeramente en que tienen los hombres la culpa? Porque os confieso que será nuevo para mí.

—La falta que imputo á los hombres, señora, no es seguramente de la naturaleza que podéis imagináros: su verdadera culpa, á mi modo de ver, consiste en separar demasiado á sus mujeres de los intereses tan serios como indispensables de la vida comun. Un hombre que se casa con una mujer que posee un hermoso dote, al día siguiente de su casamiento dispone de aquella fortuna que no le pertenece; la gobierna, la emplea y hasta la compromete muchas veces, sin que se digne consultar á su mujer sobre ello: á

fin de evitar una reclamacion ó un consejo, le impulsa á lanzarse en diversiones frívolas y en gastos inútiles si es joven y hermosa; y después la deja exclusivamente entregada á los cuidados de la maternidad y de la casa, armándose de la incapacidad que ha creado para rechazarla cuando la ternura maternal ó la edad la hacen calcular pensando en el porvenir.

—Hé ahí una falta, dijo Mr. Cros, que nuestras esposas nos agradecen infinitamente.

—¿Lo creéis así? le dije; pero desearia saber cuáles son las faltas de las mujeres.

—Esas, señora, me contestó, son de una naturaleza mas general que la de los hombres. La posicion de que os he hablado, las disgusta; quieren salir de ella y tienen razon; pero en vez de ser lo que podian y debian ser para el esposo, es decir, las compañeras y asociadas legales de su marido en su casa, solo quieren dicha igualdad en el mundo físico y moral. Fortalecidas con algunas escepciones, que han sido escritas y publicadas en un estilo bastante fuerte sobre dichas cuestiones, que están sin resolver y seguirán así muchos años todavía, se admiran de no participar de los derechos del hombre, en la magistratura, en las asambleas y en las diputaciones. Pervierten su justo derecho de esposas y madres de familia, que exige sean mas de lo que son en nuestras costumbres domésticas; pidiéndole á la política el título de ciudadanas, y el compartir lo que la naturaleza le ha reservado al hombre. Si emplearan para ocupar su verdad ero puesto la mitad de los esfuerzos que han hecho desde hace quince años para obtener un imposible, estarian mucho mas adelantadas de lo que están, etc. etc.

Y añadió riéndose.

—Entonces vuestro viaje no os pareceria tan fastidioso, no os hastiariais tanto.

—¡Oh! oh! exclamó Mr. Cros riendo hasta desternillarse: hé ahí una conclusion digna de la ideología vaporosa de los principios.... (Ya sabes, amiga mia, el aplomo con que mi marido se sirve de palabras que no tienen ningun sentido). ¡Ah! la aplicacion es deliciosa.

A la verdad la conclusion me habia aturrido; pero quise saber el fondo del pensamiento de Mr. Perrin.

—Confieso, le dije, tomando un tono de discusion profesoral, que comprendo perfectamente las razones generales que ha dado Mr. Perrin; pero hubiera deseado un ejemplo mejor traído, y mas probable sobre todo, para hacerme comprender toda su estension.

—Puede ser, dijo Mr. Perrin, que hablaba siempre como un hombre que por nada se apasiona, que tal vez haya pasado con demasiada rapidez dos ó tres proposiciones intermediarias; pero la consecuencia no es por eso menos justa. Sí, señora; si la mujer hubiese tratado de conquistar en el hogar conyugal la posicion que busca fuera de él, un viaje como el vuestro tendria un carácter enteramente distinto. Si desde hace mucho tiempo estuvierais iniciada en los secretos de Mr. Cros, para hablar con claridad; si estuviereis acostumbrada á saber cómo se gana y cómo se pierde la fortuna de un banquero; si hubierais calculado que cuatrocientos mil francos asegurados, si anulais el testamento no asistiendo á su lectura, podian reducirse á cero, ó subir á dos millones y medio con vuestra presencia, y si

hubierais podido calcular, además, el trabajo que se necesita para ganar cuatrocientos mil francos, entonces tal vez este viaje no se hubiera hecho; ó de lo contrario, se hubiera emprendido de distinto modo.

— ¡Diablo! mi querido Perrin, dijo Mr. Cros esforzándose por ocultar bajo una carcajada el sublime mal humor que tenía: ¿tratais de predicar á Mme. Cros los principios san-simonianos y los de la mujer libre?

Aunque no pretendo tener una gran ciencia filosófica, la observación de Mr. Cros me pareció tan estúpida que no pude menos de decir:

— ¡Señor! hay cosas que se dirigen al buen sentido, y que pertenecen al dominio de todo el mundo. Y aunque no he estudiado los principios san-simonianos, ni los de la mujer libre; lo que puedo deciros, es que los de Mr. Camilo Perrin son los que constituyen la verdadera madre de familia.

Mr. Cros, sorprendido de mi salida, miraba á Mr. Perrin con aire estupefacto, mientras este meneaba la cabeza en señal de asentimiento y murmuraba con aire chocarrero:

— Mme. Cros tiene razón; Mme. Cros ha comprendido perfectamente..... eso es, enteramente eso.....

— En ese caso, dijo Mr. Cros con un humor que no se tomó el trabajo de ocultar esta vez; es peor aun que el san-simonismo, segun el cual cada uno es para sí, á lo que creo. No habria mala baranda, si las mujeres entraran en el despacho de los maridos y se metieran en los negocios!..... ¡Qué desórden seria ese, santo Dios!..... además que no comprenderian media palabra!

— Mr. Cros, dijo Mr. Perrin, con un tono formal y sentencioso; Mr. Cros, no afirmaré que una mujer, aun despues de un estudio seguido de los negocios, pueda hacerse cargo del mecanismo de ellos y su organización, ó sea la parte activa, en fin, como lo hace un hombre; pero lo que digo, lo creo porque lo he visto. Y es que hay pocas mujeres que no tengan un buen consejo que darnos en los negocios; y precisamente porque no se aturden con esos detalles de acción que nos entorpecen, abarcan mejor que nosotros el conjunto, el objeto y la moralidad de una operación.

(Se continuará.)

PÁGINAS DEL CORAZON

POR D. RAFAEL DEL CASTILLO.

(Conclusion.—Véase el núm. 44).

VENECIA 7 de julio.

Nada todavía; nada he podido averiguar de Consuelo. ¿Habré llegado también demasiado tarde? habrán partido ya? estaré condenado á no poderla ver mas? ¡Oh! tú, padre universal de toda la humanidad, ten compasión de mí.

Héteme aquí perdido en medio de esta escéntrica capital. Venecia, la ciudad de los encantos y de los misterios, la sultana del Adriático, con su formidable tribunal de los tres, su terrible leon y sus bravos, no conserva mas que su escentricidad, sus palacios, que se elevan del seno de las aguas, sus góndolas y su leon, pero ya ha perdido su fiereza.

Día 10 de julio.

Gracias, Dios mio, gracias; me habeis permitido que la vea. ¡Qué hermosa estaba! Muellemente recostada en el fondo de una góndola, saboreaba con delicia las suaves impresiones de un paseo por el lago.

Parecia que mi corazón presentia que estaba allí; sí, era ella; ella, pálida como la luna que nos alumbraba, pura como la brisa que acariciaba su semblante. El grito que arrojé cuando la conocí, le reveló que yo estaba cerca de ella, y al reconocermela, un ligero carmin se esparció por sus mejillas; en aquel instante supremo, nuestras miradas dijeron mas que cuanto nuestros labios hubieran podido espresar. ¡Cuán fugaz fué aquel momento! Despues la ví alejarse sobre la tersa superficie del lago. Al verla con su vestido blanco sentada en la popa de la frágil embarcación, me parecia una ondina llevada en alas de un monstruo marino.

Ya sé donde viven; pero ¿cómo llegar hasta ella? de qué medio me valdré?

Esto decidido, fingiré traerles una visita de su tia, y podré verla sin escitar sospechas: escribiré á su primo, se lo confesaré todo y me dispensará esta mentira. ¡Dios mio! perdóname tú tambien si faltó á uno de tus sagrados preceptos, pero la amo tanto!..... Sí, sí, perdóname; pues este mismo amor me purifica y me acerca mas á ti.

Día 12 de julio.

La dicha embarga mi corazón: la he visto, he oido su dulcísimo acento, semejante al murmullo del viento entre las flores; mi alma se ha dilatado al contemplarla.

Hoy, merced á la visita que dije les llevaba de su familia, he podido llegar hasta ella. El conde ha tenido la bondad de recordar mi nombre, y me ha invitado, como compatriota, á visitar todos los sitios notables de Venecia; yo he aceptado con reconocimiento una oferta que me permite estar al lado de Consuelo con alguna asiduidad. Mañana vamos á subir á la torre de san Marcos á gozar del panorama que se descubre desde su altura.

Día 20 de agosto.

Mis relaciones con el conde se han estrechado hasta el punto de estar casi siempre en su casa. Consuelo se halla algo restablecida; sus mejillas empiezan á sonrosarse, y sus ojos brillan mas que antes: su padre comprende sin duda el motivo de semejante cambio, pues le he observado en esos instantes en que cualquier ruido viene á despertarnos de esos supremos éstasis del alma, y he advertido en su semblante, generalmente bondadoso, una marcada espresión de complacencia, que me ha hecho mucho bien; y en todo caso, ¿no debe estar me agradecido? no le he devuelto yo la salud á su hija? ¡Oh! Dios mio! aleja de mí este relámpago de orgullo! No he sido yo, has sido tú quien ha hecho brotar en su corazón esa santa pasión que ha hecho el milagro de salvarla.

Ya está resuelto: este invierno volveremos á Italia: dentro de pocos días partimos para Suiza, y en Chamberí nos detendremos hasta la entrada del otoño, que iremos á Nápoles ó Niza, donde permaneceremos hasta la próxima primavera.

AIX 3 de setiembre.

Hace dos días que estamos en la pequeña ciudad de Aix. Consuelo se halla sumamente encantada en ella, y efectivamente tiene motivos para estarlo.

Nada mas delicioso que esta población, edificada á la falda del monte Chat y circundada de viñedos, prados y huertas hasta bastante distancia.

Una calle inmensa de árboles centenarios conduce de la ciudad al lago, lago encantador, cuyas aguas apenas riza la brisa embalsamada que baja del monte Chat, ó que hace rebrillar el fulgente sol de Italia al retratarse en su superficie.

Ya, con motivo de la estación, algunas familias van abandonando la odorifera ciudad. Sin embargo, todavia quedan algunas bellezas pálidas, que en vano han venido á buscar sus colores á los baños.

Consuelo se halla muy contenta, y tanto el médico como nosotros, abrigamos grandes esperanzas de salvarla.

El conde se muestra cada dia mas obsequioso conmigo; se diria que comprende lo necesario que le soy para la salvación de su hija, y trata, por cuantos medios están á su alcance, de complacerme.

Ha querido compartir conmigo su casa y su mesa, y de este modo puedo recibir la última mirada de Consuelo, al retirarse por la noche á su habitación, y la primera sonrisa con que saluda por la mañana al Criador.

Cada dia que pasa creo que la quiero mas, si es posible que mi cariño pueda acrecentarse.

— ¡Necios, los que dudais que exista el amor! El amor no existe para vosotros, porque vuestro corazón se ha gastado antes de su desarrollo, porque vuestra alma marchita no ha podido sentir nada al ver unos ojos dulces, lánguidos, inclinarse púdicamente hácia la tierra, ni unas mejillas de nieve enrojecidas bajo el fuego abrasador de vuestras pupilas.

Vuestra alma no ha podido dilatarse, porque la crápula y la orgia la tienen enervada.

Vosotros habeis mirado á las mujeres con los ojos de la materia; las habeis subyugado con mentidas frases de amor; habeis pedido en pago de esas fingidas adoraciones, un vergonzoso premio, y porque esas mujeres se han envuelto en un manto de castidad y os han despreciado, decís que ya no se ama en el mundo, que el amor no es mas que una palabra con cuatro letras que se debia suprimir en el Diccionario del siglo XIX, y que el que se enamora es un idiota que no sirve mas que para causar la risa de la sociedad.

¡Insensatos!..... no rechaceis lo que vuestra limitada inteligencia no puede comprender.

Dudar del amor seria dudar de la existencia de Dios, y no os quiero hacer tan depravados que hasta de eso dudeis.

10 de setiembre.

Mi felicidad no tiene comparación con ninguna.

Hace tres días que me llamó el conde á su aposento y me dijo:

— Eduardo, á pesar de que nunca habeis querido confesarme el estado de vuestro corazón, yo lo he comprendido: vos amais á mi hija.

Yo me quedé turbado sin saber qué contestar: el conde que advirtió mi situación, se apresuró á decir:

—No hay motivo ninguno para que os turbeis: he sorprendido ese amor en vuestros ojos, en vuestras palabras, en vuestras delicadas atenciones hácia mi hija, y he visto que á vuestro amor debo la vida de Consuelo; he interrogado el corazón de esta, y os pertenece por completo; vos sois un hombre honrado, pertenecéis á una raza que, por desgracia, hoy casi ha desaparecido, y no he vacilado en llamáros para deciros: Eduardo, ¿quereis ser mi hijo?

Yo no supe qué responder: el peso de tanta dicha me abrumaba, y caí á sus piés murmurando.

—Vos habeis realizado el sueño de mi vida: en lo que me resta de ella, procuraré demostráros que no en vano me habeis dado ese nombre.

El conde se levantó, me estrechó entre sus brazos y juntos pasamos á la habitacion de Consuelo, que, sabedora de nuestra entrevista, nos esperaba con la sonrisa de un ángel, jugueteando en sus labios.

¡Gracias, Dios mio! gracias! Al fin habeis dado una gota de placer al alma que tanto ha sufrido.

Se ha fijado nuestra boda para dentro de veinte dias, y verificada esta, iremos á pasar el invierno á Niza, ese paraíso de Italia, cuya suave temperatura afianzará las rosas sobre las mejillas de Consuelo.

30 de setiembre (á las doce de la noche).

¡Dios mio!.... esto es cruel!.... No, vos no podeis ser ese Dios justo, benigno, piadoso, que dicen; vos sois un Dios vengativo, un Dios que se goza en los padecimientos de las criaturas.... ¡Oh! perdonadme, Señor; pero mi razon me abandona; tened piedad de un pobre loco á quien el dedo de vuestra justicia ha señalado.... ¿Para qué me habeis mostrado el paraíso si despues me habeis lanzado al infierno?

Como habiamos convenido, esta noche á las siete fuimos á la iglesia, el conde, Consuelo, el médico, la señora de este que, en representacion de la hermana del conde, iba á ser nuestra madrina, y yo. Entramos en la capilla y empezó la ceremonia, yo estaba observando en Consuelo una cosa estraña, una agitacion particular cuya causa no me podia explicar, hasta que en el momento supremo de escuchar ese sí que une para siempre dos existencias en los lazos indisolubles del matrimonio, Consuelo palideció, y llevándose el pañuelo á los labios, cayó desmayada en mis brazos.

El médico la reconoció en seguida y dejó caer sobre mi corazón estas palabras.

—Esta crisis es la última.

Loco, desesperado, la arrebaté en mis brazos como si fuera una pluma y atravesé la distancia que habia desde la iglesia á nuestra casa, depositándola en la cama, de cuya cabecera no me he apartado hasta ahora, que se encuentra descansando un momento.

El médico ha dicho que en esas organizaciones, cualquiera emocion les es muy perjudicial, y como a ha cogido tan débil, no tiene esperanzas de salvacion.

¡Dios mio! salvadla ó matadme á mi tambien.

4.º de octubre (á las cinco de la mañana).

Toda la noche la ha pasado en un completo delirio hasta hace una hora que se ha dormido.

El médico vuelve á tener esperanzas.

Ha habido dos consultas, y todos, todos los médicos opinan que, aunque es muy grave su estado, aun tiene la ciencia suficientes recursos para arrebatarla á la muerte. ¿Será verdad?.....

Vienen á avisarme que se despierta, vuelvo á su lado. ¡Señor! vos que todo lo podeis, ya que la habeis presentado en mi camino, no me priveis de su presencia!

2 de octubre (á las 5 de la tarde).

La mejoría continúa.

Toda la mañana hemos estado hablando de nuestra dicha cuando se ponga buena; hemos formado mil proyectos á cual mas encantadores para el porvenir.

Ella estaba alegre, risueña; si no fuera por la densa palidez que cubre su semblante, se creeria que estaba en el goce completo de su salud. Reia como una niña y me obligaba á hacer lo mismo. El conde se asociaba á nuestra alegría y daba su asentimiento á todos los proyectos que formá-bamos.

Día 3 (á las 6 de la mañana).

¡Oh! ahora sí que no tiene remedio: el médico ha dicho que no llega á la noche.

Día 5.

Todo ha concluido.

Antes de ayer, á la hora que la campana de la iglesia llamaba á los fieles á la oracion, Consuelo ha atravesado el dintel de la eternidad.

Aun resuenan en mi oído sus últimas palabras.

Su padre estaba arrodillado á un lado de la cama con una mano de su hija entre las suyas; yo al otro con mi rostro oculto entre las almohadas, en las que procuraba ahogar mis sollozos; el médico estaba á mi lado, contando en la mano de Consuelo, por las pulsaciones, los minutos de vida que le restaban, y al pié de la cama completaban aquel cuadro sublimemente triste el sacerdote que la auxiliaba en sus últimos momentos.

De pronto separó Consuelo su mano de las del médico, y agarrándose las mias me hizo levantar la cabeza, diciéndome:

—Eduardo, no me ocultes tus lágrimas, llora, como lloro yo nuestra separacion. ¡Es tan doloroso morirse á mi edad, cuando el amor nos brinda sus mas delicados placeres! ¡Oh! esa muerte que la veo acercarse lentamente, me horroriza... ¡Ah! prosiguió dando un grito desgarrador, y ya no te he de ver mas, no he de mirar esos ojos que, en su mas elocuente expresion, me decian: «te amo;» no he de oír tu acento, que resonaba tan dulcemente en mi alma; déjame que te vea, Eduardo; déjame que oiga tu acento por última vez, para que en la inmensa soledad de mi sepulcro pueda recordarte.

—Mira, hija mia, la dijo su padre, que te vas á fatigar demasiado.

—¡Qué me importa la fatiga cuando voy á descansar para siempre! contestó ella con exaltacion. ¡Ah! yo le amaba con toda mi alma, pa-

dre mio; yo le amaba tanto como á ti; yo vivia en su vida, y sentia con sus emociones.

Y su respiracion se iba haciendo mas fatigosa;

Y sus ojos se iban cristalizando;

Su mano perdia el calor;

Un sudor frio bañaba su frente;

Sus dedos se aferraban á los míos, como negándose á aquel llamamiento mortal;

De sus labios salia el estertor de la agonía.

El conde procuraba recordar sus oraciones de niño;

El sacerdote abria á aquel ángel las puertas del paraíso;

Y yo completamente fascinado por el cuadro que tenia ante mi, sentia oprimido el pecho, fatigada la respiracion, y hasta parecia que la sangre cesaba de circular por mis venas.

De pronto se incorporó Consuelo, y acercándose á mi, me dijo con voz débil:

—Eduardo.... te am....

Y cayó tiesa otra vez sobre el lecho.

Entonces el sacerdote, arrodillándose, nos dijo: —Oremos, señores, por el ángel que acaba de subir al cielo.

Era la hora del ocaso;

La campana de la iglesia tocó las oraciones;

Las flores que habia en la habitacion esparcieron sus últimos perfumes y doblegaron sus tallos.

Al contemplar roto el único lazo que me unia á la vida, senti un dolor tan agudo en el corazón que perdi el sentido y caí al suelo como un árbol que destroza el rayo.

Ahi tienes las causas que han motivado mi retraimiento de la sociedad.

Han pasado algunos años de esos sucesos, y siempre viven constantes en mi imaginacion sus recuerdos.

En vano he buscado otra mujer que llenase el vacío de mi corazón; ninguna ha podido conseguirlo, porque una vez marchitas las flores del alma, nadie puede devolverles su frescura.

Tú eres joven aun; goza de esa primavera de tu vida, y Dios quiera que no encuentres en ella un dolor tan agudo como el que sufre tu amigo.

EDUARDO.

FIN.

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—V. el n.º 41).

CANOUA, mirándolos de hito en hito.

Virtuosa Sacountala, noble niño, príncipe magnanimo, ó por mejor decir, fidelidad, fortuna y poder reunidos; ¡hé aqui un trio encantador en el que fijo ávidamente mis ojos, sintiendo una satisfaccion infinita!

DOUCHMANTA

¡Oh poderosa divinidad! el hombre está condenado, por regla general, á rogar continuamente, sin que sus votos sean escuchados hasta que llega un día en que el cielo le concede lo que desea; pero en el exceso de vuestras bondades, os habeis anticipado á mis súplicas. Antes que los árboles se cubran de fruta, se visten

primero de flores; y para que la lluvia riegue y fertilice la tierra, necesario es que los espacios se cubran de nubes.—Por una benéfica escepcion, me habeis colmado de favores dándome lo que ni aun me hubiera atrevido á suplicaros; ¡reverenciado sea el que tal hace!

UN RELIGIOSO.

Príncipe, siempre que los dioses dispensan sus favores, es de la misma suerte.

DOUCHMANTA.

¡Pero me los merezco yo? yo, que despues de haber tomado una legitima esposa, segun los ritos de *Gandharva*, he renegado de ella en el inconcebible caos en que se perdía mi espíritu? Cuando me la trajeron sus parientes, la despedí con inhumana crueldad, haciéndome culpable de un gran crimen para con ella y con su padre adoptivo, que es un varon tan santo como venerable.—Sin embargo, apenas llegó á mis manos este anillo que es el que le diera á *Sacountala* para reconocerla, recuperé instantáneamente la memoria, recordando entonces con la mayor amargura todas las circunstancias que precedieron á nuestra union, y mi incalificable conducta con mi adorada esposa.—Ignoro completamente lo que haya podido hacerme obrar con tanta iniquidad, ni nunca podré explicarme tan incomprensible arcano.—Porque en realidad, mi conducta es semejante á la de aquel hombre que no quiso reconocer á un elefante mientras lo tuvo ante sus ojos, reconociéndolo despues que hubo desaparecido al observar solamente las huellas que habia dejado impresas en el suelo.

CANOUA.

Príncipe, cesa de reprocharte un crimen del que no eres culpable, porque ha sido hijo de un encanto irresistible.—Sabe, que en el momento en que *Menaca* se aproximó al estanque de las ninfas y volvió acompañada de *Sacountala*, que estaba desesperada al ver tu abandono, por cuya razon la confié á los tiernos cuidados de *Aditi*, conocí por el poderoso medio de la meditacion, que tu conducta para con la mas virtuosa de las mujeres, era debida á la imprecacion que contra ella habia lanzado la irascible *Dourvasa*, y que el encanto no cesaria hasta que volvieras á ver el anillo.

DOUCHMANTA, suspirando con satisfaccion, aparte.

¡Ah! héme libre al fin del enorme peso que me oprimia las sienas como si fuera una argolla de hierro! ¿Será verdad que de hoy mas no me atormentarán los remordimientos?

SACOUNTALA, aparte.

¡Dioses! con que es cierto! con que cuando el hijo de mi señor me rechazó de su seno, fué involuntariamente, puesto que no podia reconocerme!..... ¡Ah! necesario es que cuando la diosa formuló su imprecacion contra mí, estuviera mi alma reconcentrada en el objeto de mi amor, y que solo la hubieran oído mis compañeras; porque ahora recuerdo perfectamente que al separarme de ellas, me dijeron con un acento en el que se traslucía su inquietud: —«Si tu esposo no te reconoce, enséñale el anillo que te dejó como prenda de su amor.»—¡Ay! ¡ojala les hubiera preguntado entonces lo que significaban aquellas palabras!..... ¿Pero podia yo hacerlo? No; ¡indudablemente mi lengua estaria encadenada por la imprecacion de la temible *Dourvasa*!

CANOUA, dirigiéndose á *Sacountala*.

¡Hija mia! puesto que ya conoces la verdad de lo que ha pasado, no conserves ni la sombra de un resentimiento hácia un esposo que seguramente no hubiera dejado de adorarte ni por un momento si hubiese obrado en plena libertad.

La sola imprecacion que le habia hecho perder la memoria, fué causa de la conducta que observó contigo; pero desde que cesó el encanto, ve

cómo has vuelto á recuperar el imperio que tenias en su corazón.—El alma de tu esposo se asemejaba á un espejo cuya superficie empañada no puede reflejar la imágen del objeto que se presenta ante él; pero que despojada del velo que la oscurece, la reproduce fielmente en el momento que adquiere su estado primitivo.

DOUCHMANTA.

¡Oh! ese es el cuadro fiel de lo que ha pasado en mi alma.

CANOUA.

¡Hijo mio! ¿has abrazado á ese niño encantador que es el fruto de vuestro amor, y por el



La Cigüeña.

que he querido celebrar yo mismo todas las ceremonias que deben preceder al nacimiento de un príncipe.

DOUCHMANTA.

¡Oh divinidad bienhechora! en este insigne favor veo la prenda mas segura de la nomenclatura que adquirirá mi raza en los tiempos venideros.

CANOUA.

Sabe, ¡oh rey! que ese infante está destinado, por su valor y su nacimiento, á ser un día el soberano de todo el mundo.

Si, dentro de algunos años, subido en un carro de batalla, atravesará los mares sin que sus ruedas rocen apenas las espumosas olas del Océano; y trasformado en héroe invencible, conquistará las siete islas de que se compone la tierra.—Será conocido bajo el nombre de *Bharata*, nombre eternamente célebre, que repetirán con entusiasmo sus pueblos reconocidos, por la paz y la proteccion que gozarán bajo su imperio.

DOUCHMANTA.

Cuando la divinidad se ha dignado prodigar solícitamente sus cuidados á un mortal, desde que ve la luz del día; su destino es tan hermoso como la mision que tiene que desempeñar en la tierra.

CANOUA, dirigiéndose al rey.

¡Douchmanta! ya es tiempo que subas nuevamente al carro de *Indra*, que es tu protector, y que vuelvas á ocupar el trono de tu imperio en compañía de tu esposa y de tu hijo.

DOUCHMANTA.

Obedezco con placer: primero porque así lo quieren los dioses, y segundo porque mi corazón me impulsa á ello.

CANOUA.

Haga el dios *Indra*, satisfecho ya de tus sacrificios, mantener por medio de abundantes lluvias la fertilidad de tus Estados; y que en la lucha que tendrás que soportar en la vida, podais asegurar uno y otro sin el menor contratiempo la felicidad de ambos mundos.

DOUCHMANTA.

¡Oh divinidad omnipotente! juro hacerme digno de tantos beneficios, ocupándome sin descanso en labrar la ventura de mis súbditos.

CANOUA.

¡Hijo mio! ¿tienes algo más que pedirme?

DOUCHMANTA.

¡Oh divino protector mio! ya que vuestra bondad es inagotable, permitidme que formule una plegaria con todo el fervor de un alma reconocida.

¡Que los reyes de la tierra no deseen reinar mas que para labrar la felicidad de sus pueblos! ¡Que la diosa *Sarasouati* sea constantemente reverenciada por los santos bracmanes; y particularmente pidó que si el poderoso *Siva*, que es el ser supremo que existe por sí mismo, está satisfecho del celo con que lo serviré mientras viva, me salve de los lazos que nos encadenan al mundo por medio de nuestro segundo nacimiento!

V.

Tal es este drama, en el que se percibe ya ese estilo precursor de la corrupcion del gusto en los pueblos de la antigüedad; pero el candor, la dulzura y la inocencia de los sentimientos y costumbres que forman en su esencia la religion y la civilizacion de la India primitiva, edifican incesantemente al lector y al espectador.—En efecto, nótese que á escepcion de los genios del mal, que son los enemigos del hombre, los demas personajes están dotados de la mas pura inocencia.—El interés lo inspiran las desgracias del hombre, pero no sus crímenes.

Los bracmanes, que son al par que sacerdotes de la religion, los que vigilan las costumbres, no hubieran permitido indudablemente que se hubieran puesto en espectáculo ante la multitud, como han hecho desgraciadamente los griegos, los romanos y nosotros, pasiones tan vehementes como salvajes, y odiosos atentados, que reproducidos en la escena con todas las peripecias del crimen, no pueden menos que viciar las imaginaciones de un pueblo religioso.

Ese carácter de inocencia que ofrece el teatro indio, indica que las representaciones eran otras tantas fiestas religiosas ó reales, que rara vez se daban al pueblo.—Por lo tanto, las piezas debian ser sometidas anticipadamente á una censura tan escrupulosa como razonada; pues debian servir tanto para distraer al pueblo, como para edificar sus costumbres.—No queda la menor duda de nuestro aserto cuando se ve que las diferentes piezas de baile ó de música, que representan un papel tan interesante en las ceremonias religiosas y en la instruccion pública, se creia eran dones concedidos por los dioses á los hombres á fin de completar su ventura y su alegría.

Segun las tradiciones, un cenobita de la religion de *Wichnou* recibió las nociones del arte dramático del padre de los bracmanes; el cual las descubrió en los *Vedas*, ó séanse en los libros sagrados.—Créese tambien que una diosa, esposa del dios *Siva*, enseñó á las mujeres de la India uno de los tres bailes religiosos que subsisten aun en el día; por cuya razon es de inferir, que el drama indio proviene de los libros sagrados de los *Vedas*, cuya antigüedad es incalculable.

Y aun la comedia, aunque de un género de

literatura tan inferior al drama heroico, épico ó religioso, como lo es el ridiculo al entusiasmo, y la risa á las lágrimas, toma su origen en el cielo indio. — Por ejemplo, una especie de dios que lo representan como un bufon consumado, parecido enteramente al Vulcano del Olimpo griego, cojo, y conocido bajo el nombre de *Hanoumun*, es hijo del dios de las tempestades. — «En su infancia quiso alcanzar al sol y corrió trás de él como corre un chicuelo trás una pelota; pero habiendo perdido el equilibrio, cayó; y de resultas de su caída, se quedó deforme. Es (dicen los traductores del sanscrit) el Lepano, el Egipano, el Sileno, el Momus, el Sancho, el Falstaff, ó el bufon de la córte celeste.»

Pero parece que debió ser poeta; porque despues de acompañar en sus guerras al semi-dios *Rama* (que es la encarnacion belicosa de *Wichnou*, ó sea el dios supremo), un dia en que *Hanoumun* estaba descansando sobre las rocas que decoran las costas del océano indio, grabó en la superficie de aquellas un gran drama heroico en el que se contaban las hazañas de *Rama*. — Las tradiciones añaden que posteriormente el poeta *Valmiki*, recopilador del poema *El Ramayana*, que trata del mismo asunto, habiendo descubierto un dia aquellos fragmentos de poesia, grabados en las rocas que estaban bajolas aguas, se apoderó de él una mortal melancolia por la desesperación que le causaba no poder igualar en el poema que estaba componiendo entonces al brio y á la hermosura que encerraban aquellos antiguos fragmentos; pero *Hanoumun* enternecido ante el dolor de *Valmiki*, y olvidando generosamente el amor propio de poeta, permitióle que bajara al fondo del mar y copiara las inscripciones y los versos que el semi-dios habia grabado. Dichos fragmentos de poesia primitiva, quedarán sumergidos, segun dicen, en los senos del Océano, hasta que suba al trono un soberano de bastante talento que los estraiga del abismo en que están sepultados.

VI.

Las virtudes y no las pasiones, es el objeto moral de los dramas poéticos de la India; y su poesia, mas filosófica que la nuestra, tiende á calmar el alma del espectador en vez de turbarla. Porque el equilibrio de las sensaciones está sabiamente coordinado, restableciéndose la calma despues de las peripecias moderadas de la curiosidad, que es, por decirlo así, la salud del alma. — Las reglas de su literatura teatral, sacadas mas bien de la religion que del arte, revelan que en aquellos remotos tiempos se tenian profundas nociones sobre el modo de conmover é interesar el espíritu de una multitud reunida; y que al salir de dichas representaciones, se encontraran en ese estado de edificacion moral en que hasta el placer es provechoso á la santidad.

Las reglas del drama indio están profundamente analizadas en un estudio del señor baron de Eckstein, uno de los primeros que han unido la filosofia á la traduccion.

Todo drama, segun la teoria india, debe tener el mismo carácter, porque sin unidad no puede haber esa concentracion del espíritu sobre una acción diversa, y por consiguiente falta el interés. — Dicha regla ha sido inventada por la naturaleza y no por Aristóteles: despues de haber pasado de la India á la Grecia, y desde la Grecia á Roma, esta última nos la ha transmitido.

Dicha regla de la unidad de acción en el drama admite, sin embargo, una ligera modificacion, que se llama episodio, con tal que este se eslabone mas ó menos directamente á la acción principal; porque si el episodio sirve para suspender un tanto el argumento, es innegable que sirve tambien para desarrollarlo. — El nombre de episodio significa en sanscrit, *bandera flotante*; es decir, una cosa que flota libremente sobre la acción que se representa en la escena, pero que forma parte de ella y sirve para atraer las miradas y embellecer el argumento.

La tercera regla de las piezas indias, es el

desarrollo graduado y creciente de la acción, por cuyo medio se aumenta el interés á la ansiedad del espectador.

La cuarta concierne al desenlace, el cual debe ser siempre feliz; es decir, feliz conforme á la justicia y á la bondad divina, que prevalecen sobre todas las cosas, lo mismo sobre el mal que sobre el crimen; ó lo que es igual, Dios justificado ante el sentimiento de los espectadores.

Un fin trágico y lamentable, no solo turbaria la conciencia del pueblo, sino que atacaria la religion, y que revela como dogma absoluto, la absorcion y la reunion definitiva de todos los seres en el manantial del sér, ó sea en el seno de la divinidad. — El drama indio termina, como terminaria lógicamente el cristiano, si el drama moderno, plagiando las literaturas de la antigüedad, no fuese en realidad mas gentilico que cristiano.

VII.

En cuanto al estilo en que están escritos dichos dramas, iguala y aun sobrepuja en imágenes, en pureza y en armonia, á todo lo que nos llama la atención, tanto en los escritos antiguos como en los modernos, y si el mecanismo, la propiedad en los términos, la transparencia en las metáforas, la armonia de los sonos, la riqueza del colorido y la elegante pureza de la diction son las pruebas evidentes de la perfeccion de las costumbres, de la civilizacion y de la filosofia de un pueblo; el estilo de los poemas de la India atestigua patentemente una literatura primitiva enteramente ideal, ó sea una literatura que ha conseguido llegar á una perfeccion exquisita por medio de la colaboracion de un número incalculable de siglos, porque los idiomas se forman casi tan lentamente como el granito.

VIII.

Dicha literatura ha tenido sus épocas de infancia, robusta é inculta como las nuestras; luego su periodo de perfeccion en el que la sencillez se une al gusto, á la riqueza y á la fuerza; y por último, la decadencia en que el adorno y las formas afeminan el sentimiento ó la idea.

En los dramas indios, dice el filósofo que citamos, el diálogo está escrito en prosa cuando espresa pensamientos moderados; pero dicha prosa es tan armoniosa, tan rica y tan elegante, que podria servir de modelo á la mas hermosa expresion poética. — Si por ejemplo, una reflexion poderosa llega á surgir de la profundidad de la contemplacion, ó de la fuerza de la situacion; si el poeta tiene que reducir á enérgicas sentencias una moral elevada; si se entrega á una imaginacion tan exuberante como el cielo, el sol, ó el clima de la India; si se eleva hasta la última esfera de la expresion poética para producir la delicadeza de la pasion, el encanto de la sensibilidad, lo patético del pensamiento, el furor de la cólera, el éstasis del amor, y en una palabra, todas las emociones profundas ó terribles que agitan el corazón humano; entonces la prosa del escritor adquiere gradualmente una cadencia infinita, y por medio de modulaciones que siguen los deseos y los trasportes de la pasion, elevase dulcemente hasta una diversidad infinita de ritmos, tan pronto simples como complicados, breves ó majestuosos, rápidos ó lentos, armoniosos ó vehementes; por cuya razon el teatro indio es tan difícil de estudiar como el de Eschyle y el de Sophocle, que como aquel son fecundísimos en goces y en dificultades que no conocen los idiomas modernos. — Segun Wilson y Jones, que ambos deben ser conceptuados como jueces idóneos é imparciales, no hay nada tan melodioso como la poesia de Calidasa. — La de Ravabhouti, por el contrario, tan grandiosa como apasionada, hace resaltar un caos sublime por sus majestuosos acordes, que se asemejan al gigante de las tempestades; que hiriendo con su acerada planta las puertas del infierno, toca con su frente á la celeste cumbre, mientras cubre con sus negras olas la superficie del Océano, que rugé y se estremece bajo su poder.

Los metafísicos de la India, que se han ocupado del arte dramático, cuentan ocho emociones distintas que constituyen lo patético, ó sea la pasion con que dicha poesia debe agitar el alma del espectador.

El amor no siempre sirve de texto al drama indio; pero muchas veces forma su argumento: solo que es un amor casto, tierno, puro é inocente, como el que vemos retratado en las piezas de Sophocle. Es el amor conyugal de una *Desdémón* ó de una *Julietta*, en un drama *Shakspeare*; una mezcla, en fin, de ese platonismo ideal del *Petrarca*, y del amor sensual é ingenuo, pastoral y púdico de *Milton* en su *Eden*.

Dicha poesia tiende igualmente á inspirar el heroismo, pero un heroismo que no se asemeja en nada, ni á la fogosidad, ni á la brutalidad, ni á la ferocidad salvaje de los héroes de la Grecia, de Roma ó de la Germania: es un heroismo apacible, generoso, superior á su propia cólera, protector del débil, modelo de caballeria religiosa y filosófica descubierta en germen en las epopeyas ó en los dramas de la India primitiva.

Dicha poesia no reconoce mas grandeza que la que muestra el héroe al dominar sus pasiones. — Los semidiosos heroicos de esta literatura, *Rama*, *Chrisna* y los *Pandavas*, son sábios al par que héroes.

IX.

Por una metáfora que debe ser natural en el hombre, puesto que lo mismo se encuentra en los idiomas modernos como en los primitivos, los literatos de la India dan á las diferentes impresiones morales, producidas por los distintos géneros de su poesia, el nombre de un *gusto* ó de un *sabor*; añadiendo la comparacion de los diversos géneros de literatura á los diferentes tintes y colores que afectan diversamente nuestra vista. Así, el azul turquí, que suponen es el color de *Wichnou*, Dios padre y conservador de los seres, es tambien el distintivo del amor. — El blanco es el simbolo de la alegría, porque al sonreirse una mujer jóven y hermosa, deja entrever entre sus carmines labios, dos hileras de dientes parecidos á las perlas. — Dicho color pertenece al semi-dios *Rama*; divinidad que preside á la felicidad desde que, segun la fábula de la mitologia india, encontró el semi-dios á su adorada esposa, la hermosa *Sita*, cuya interesante historia no tardaríamos en conocer. — La cólera tiene por emblema el color de púrpura, imagen de la sangre vertida. — Este color pertenece á *Siva*, dios de la guerra y de la destruccion de los seres. — El heroismo magnánimo, tiene por color el encarnado bajo ó el rosa, simbolo de la dignidad del corazón, que está representada por *Indra*, rey de los dioses secundarios. — El gris, el color de ceniza, el de la tierra cuando se despoja de su galas, ó el del mar bajo un cielo tempestuoso, es el simbolo de la tristeza; y el negro, el del terror y los infiernos. — El amarillo, color en el que se confunden las demás tintas en un destello de luz, dulcificada por un esplendor dorado, es el simbolo de todo lo sobrenatural, y está reservado á *Brama*, que es el dios creador.

Así, por una analogia tan moral como fisica, entre las impresiones de la vista y las del espíritu, analogia enteramente conforme con la armonia que la naturaleza ha establecido entre nuestros sentidos que son totalmente distintos, y entre estos y nuestra alma; del mismo modo se encuentra en esa literatura una gama de estilo, otra de colores y otra de sonos; de suerte que los géneros de estilo adoptados por tal ó cual escritor, pueden caracterizarse con una palabra, diciendo estilo azul, rojo, amarillo, rosa ó gris, así como caracterizamos nosotros por otra analogia distinta nuestros diversos estilos en elevado, pobre, arrebatador ó templado; tal es la necesidad que tiene el espíritu humano de imágenes para hacerse comprender.

Esa comparacion de los estilos y los colores que impresionan nuestra vista, ó los sabores que surten el mismo efecto en el paladar, denota que

la India primitiva había reflexionado mucho y estaba muy ejercitada en la literatura.—Un pueblo que se crea, no inventa unas analogías tan profundas.—La India admite igualmente en la clasificación de sus distintos estilos la analogía que proviene de los sabores que agradan ó hieren el paladar: así en los escritores indios de aquella época, el azúcar es el símbolo de la dulzura, y lo amargo de la sal, el de la cólera.

X.

Hay en el teatro indio, añaden los comentadores, una particularidad que no ofrece ningún teatro moderno, y que atestigua de una manera positiva el prodigioso desarrollo que tenía la educación pública en aquellos pueblos; y es, que los personajes hablan distintos idiomas en un mismo drama; y emplean muy á menudo dos lenguas muertas, el *sanscrit*, dialecto sagrado que es el que hablan los actores que representan los héroes ó los dioses, y otro idioma, también antiguo, aunque no sagrado, que es el que usan las mujeres que representan las heroínas del drama.

El inmenso número de espectadores, que lo mismo en Atenas que en Roma, se componía de todos los habitantes de la ciudad, impedía que los teatros estuvieran cercados para dichas representaciones.—El lugar de la escena era generalmente, ó un sitio escogido á propósito á campo raso ó un patio del palacio del soberano.—Un libro, en el que se da á los poetas indios las reglas de la acción y la decoración de la escena, describe el aparato de aquellas representaciones del modo siguiente.—Por esta descripción se verá hasta qué grado había llegado la ilustración en aque remota antigüedad de Oriente.

«El pórtico de la sala destinada para el baile, debe ser elegante y espacioso, y rodeado de colgaduras sostenidas en ricas pilastras, de las que deben pender guirnalda de flores. El dueño del palacio se sentará en el centro sobre un trono levantado al efecto.—A su izquierda deben colocarse sus mas próximos parientes, y á su derecha las personas mas distinguidas, ya por sus prendas morales, como por su nacimiento.—Detrás de estas dos filas tomarán asiento los principales oficiales del Estado ó de palacio; y los poetas, los astrólogos, los médicos y los sabios, ocuparán el centro detrás del trono.—Varias mujeres rodearán al rey, unas con abanicos y otras agitando plumas de pavo real, notables todas por su hermosura y las gracias de sus formas.—Algunos guardas, que llevarán un baston por distintivo, serán los encargados de mantener el orden; por cuya razon se colocarán en sitios convenientes, y la gente de armas guardará las avenidas.—Cuando todos los espectadores estén sentados, entrarán los actores y cantarán ciertos aires nacionales: entonces la primera bailarina correrá el telon, se mostrará y esparcirá una multitud de flores por la asamblea, despues de lo cual desplegará su talento y las gracias de su arte.»

XI.

Estas representaciones debían ser muy raras, porque los dos poetas dramáticos de la India que han adquirido con justo título mas celebridad, que son *Kalidasa* y *Bavahboui*, no han compuesto cada uno mas que tres dramas.

«Si, *Kalidasa* es el Eurípide de la India, pero un Eurípide sóbrio, casto, ingenuo y exento de los defectos de afectación en que abunda el Eurípide de la Grecia.—*Bavahboui*, por el contrario, es el mas enérgico y el mas majestuoso de todos los poetas dramáticos de su raza, y con razon puede llamarse el Eschylo del teatro indio.—*Kalidasa*, aproximándose á la noble y dulce pureza de Sóphocle, no tiene nada de esa degeneración ó vulgaridad de intrigas, que Eurípide parece haber copiado anticipadamente de la novela moderna, mas bien que de la epopeya antigua.—En cuanto á *Bavahboui*, es grande, elevado y majestuoso, como los bosques de *Gondwana*, cuya terrible sombra unduló mas de una vez sobre su cuna: diríase que se ha desprendido

de las manos de la naturaleza, así como el Moisés de Miguel Angel surgió del pensamiento del escultor.—En vano la conciencia agitada se concentra en sí misma; *Bavahboui* busca el crimen y los remordimientos al través de las tinieblas que envuelven el corazón humano, hasta que consigue mostrarlos en toda su deformidad, del mismo modo que un guerrero arrancaría del centro de un santuario al criminal que quisiera buscar un asilo en él.—En la poesía de *Bavahboui*, rugen y se calman simultáneamente las tempestades de todas las pasiones, que se despiertan y se aduermen fácilmente al tocarlas con su potente pluma.—Vivia en la corte del soberano de Agra hacia el año 720, según la historia del Kachmir, cuyos extractos ha publicado Wilson.—Nunca acentos mas apasionados surgieron del alma de una criatura humana, por cuya razon lo nombraron *Srikantha*, ó sea el hombre cuya boca es el templo de la elocuencia.

(Se continuará.)

LA CUESTION DE MARRUECOS.

Despues de los sucesos que hemos referido en nuestro último número, el gobierno envió nuevas tropas á reforzar la guarnición de la plaza de Ceuta. Dichas tropas desembarcaron felizmente en los dias 30 y 31 de agosto. Los moros no habían intentado nada contra nuestros baluartes, siendo completamente inexacto lo que se había dicho, respecto á que ocupaban territorio nuestro; lejos de eso, pretestaban que sus hostilidades á la plaza estaban fundadas en que habíamos querido vtrificarnos en terreno suyo.

Segun comunicaciones de Ceuta, con fecha 1 de setiembre, se supo que, gracias á la actividad del gobierno, había ya dentro de la plaza un número considerable de tropas; pues además de la guarnición, que era de 3,000 hombres, se habían reunido cuatro batallones mas, artillería ingenieros, material de guerra, viveres y demás efectos para un ejército de 20 000 hombres, y algunos vapores de guerra en aquellas aguas. A consecuencia de esta aglomeración de tropas, que no cabían en la plaza, se iban á establecer campamentos en los alrededores del monte Hacho y del campo del Moro, tan pronto como este último pudiera ser atrincherado y defendido; pues hacia ya algunos dias que estaba en poder de los moros, y que la plaza se defendía únicamente con la artillería y fusilería de dentro de las murallas.

El 3 de setiembre salieron de Ceuta el batallón de cazadores de Madrid, dos compañías de Barbastro, cuatro del Fijo y los ingenieros, con el fin de continuar los trabajos, quedando de reserva cinco compañías de Barbastro y cuatro de Albuera. Nuestras tropas dispuestas en guerrilla y llenas de entusiasmo, ocuparon instantáneamente las alturas del cerro que los separa de las madrigueras de los moros, estendiéndose hasta las ruinas de Ceuta la Vieja, y muy cerca del Serrallo. Los ingenieros trabajaron bastante, construyendo dos ataques cerca de la cañada ó cortadura del barranco, que les sirve á los moros para correrse sin ser vistos hasta muy cerca de la plaza, y otros dos por el cerro del Morro, adelantando mucho en las obras (origen de la cuestion) que son una pequeña fortificación de campaña, á unos cien pasos de las murallas, para colocar allí una compañía que proteja las obras ó reedificación del Espigon. El vijia anunció que se reunía fuerza morisca; pero cuando nuestras tropas se reti-

raron ya de noche, no había ocurrido mas novedad que algunos disparos de espingardas que no causaron daño alguno; sin embargo, al amanecer se vió con sorpresa, que las obras de la vispera habían sido derribadas nuevamente.

El 7 de setiembre se supo en san Ildefonso la noticia de la muerte del emperador de Marruecos: este acontecimiento se consideró desde luego como un nuevo obstáculo á que la España obtuviese una satisfacción completa del gobierno marroquí. Las negociaciones entabladas con el emperador difunto, caminaban á una solución pacífica; pues aunque el emperador había sostenido en dichas negociaciones que los rifeños están fuera de las condiciones de los tratados, en razon á que ellos luchan con Melilla y Melilla con ellos, castigándose reciprocamente y sin que esto deba alterar la concordia entre el Imperio y la nacion española, el gobierno actual había obligado al emperador á responder de los rifeños como de los demás súbditos; por esta razon el emperador había hecho la indemnización del san Joaquín, asunto que había estado pendiente durante dos años, y la devolución del Sr. Alvarez y sus compañeros de cautiverio, devolución hecha no por los rifeños, sino por el mismo emperador con todas las satisfacciones que correspondían al decoro de España.

Por otra parte, Melilla carecía absolutamente de límites desde que en el siglo pasado invadieron los rifeños el campo neutral, alegando como causa de resentimiento, que los españoles les habían engañado, haciéndoles tomar muchas monedas de oro falsas, como buenas, burlándose así de su buena fé. El gobierno español había conseguido del emperador que ha muerto, no solo el señalamiento de los límites y de terreno neutral, mayores que los antiguos, y con los cuales Melilla será una ciudad importante en el Mediterráneo y fronteriza á la Argelia, sino también que el emperador, para poner término de una vez á los desmanes de los turbulentos rifeños, estableciese un bajalato ó gobierno en el Riff, con guarnición regimentada en frente de la plaza, y con una nueva población que se construiría valiéndose de ingenieros y artifices españoles. Nuestro representante en Marruecos, que había entablado y seguido las negociaciones de orden del gabinete, fué portador de tan importante concesión, firmada de puño y letra del emperador para nuestra reina.

En este estado se hallaban las negociaciones cuando ha sucedido desgraciadamente lo de Ceuta. La agresión contra esta plaza no ha procedido de los rifeños, sino de los llamados moros fronterizos, ó sean los habitantes de la provincia de Anyera, en paz con nosotros desde el tratado de Ceuta en 1815, tratado que se supone hecho bajo la intervención inglesa y con el cual nos dimos por satisfechos, no solo de las infinitas ofensas hechas en los límites de nuestra plaza, sino del asesinato hecho por orden de una autoridad marroquí en la persona del agente consular de España, en Casablanca. De todos modos había la esperanza fundada de que el sultan nos diera una satisfacción completa, teniendo además la seguridad de obtener en las fronteras de Ceuta las mismas ventajas que en la de Melilla; pero la muerte del emperador dió un nuevo giro á la cuestion. A consecuencia de los temores que se tenían

por los disturbios que podía ocasionar la muerte del emperador, la poblacion de Tanger estaba alarmada, y los consulados de todas las naciones custodiados por soldados. A pesar de esto, nuestro cónsul permaneció allí decidido á no retirarse hasta el último momento: afortunadamente estos temores eran infundados, y aunque se creía que la sucesion al trono daría lugar á una guerra civil, el príncipe Sidi Mohamed, hijo mayor del difunto emperador Muley Abd-el-Rhaman, fué reconocido Sultan en todas las provincias del imperio. Este príncipe, poseedor de grandes riquezas, tenía á su favor el comercio de Fez, cuya influencia es de gran peso. Le atribuyen un gran valor como soldado; pero desde la batalla de Isly, en que fué derrotado por los franceses, no le consideran capaz de dirigir un ejército. Sidi Mohamed tiene mas de cincuenta años, es de carácter activo y enérgico, y pasa entre los moros por muy vengativo. Es de buena presencia; aunque mulato, de maneras finas; amable aparentemente, bastante instruido para pasar por erudito en el imperio, y severo hasta la crueldad, por cuya razon le temen; y los principales vasallos del país le combaten, prefiriendo á Muley Soliman, hijo tercero del difunto emperador, que además de competir en las cualidades buenas con el primogénito, tiene la circunstancia de ser hijo de la sultana, y nieto del emperador de su mismo nombre, que precedió al que acaba de morir. Sidi Mohamed es aficionado á imitar algunas costumbres europeas, principalmente en materias militares. Desde que los franceses le derrotaron en Isly juró no cortarse la barba hasta apoderarse de Argel, por cuya razon opinan que no tardará en declarar la guerra á los franceses. El color de sus insignias es el verde, distintivo de la familia del Profeta. Se cree generalmente que su reinado no será tan bueno como el de su padre, á quien sus vasallos llamaban el *Pacífico*, y que vivió sin lujo ni ostentacion de ninguna clase. Durante el largo periodo de su reinado, consagró la mayor parte del tiempo á los negocios del Estado, trabajando diariamente desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde. Un solo secretario, llamado *gran ministro*, y seis escribientes componian el alto personal del ministerio marroquí. El Sultan anotaba de su letra, al margen de los expedientes ó peticiones, la resolucion definitiva por medio de un *si* ó un *no*, y el ministro, arreglándose á estos decretos marginales, modelos de concision, estendia las órdenes del soberano. Nada pasaba en el imperio ni en Europa, de que el Sultan no tuviese noticia circunstanciada en tiempo oportuno por medio de los judios, que son allí los corredores de politica. Muley Abd-el-Rhaman no consintió jamás la estradicion de los refugiados políticos que se acogian al pabellon marroquí, y muchos liberales españoles conservan aun gratos recuerdos de la hospitalidad con que fueron recibidos en el país cuando el absolutismo les obligó á emigrar.

El 3 de setiembre escribian desde Ceuta á la *Gaceta Militar*, diciendo que á las diez de la mañana de aquel día, los moros habian tenido la osadía de introducirse en grupos de 15 á 20 por los torreones y cantillos de la llamada Ceuta la Vieja, y principalmente en el arroyo del Otero, sitio que miran con predileccion por ser muy espeso y estar próximo á la obra. Tan pronto como

fuéron dueños de los principales fuertes ó alturas, rompieron el fuego contra los trabajadores que se hallaban en la obra, teniendo, por último, que retirarse los ingenieros y confinados sin haber tenido ni un herido, merced á la retirada que hicieron la cuarta compañía del Fijo y una mitad de otra de cazadores de Madrid, mandadas por el segundo comandante jefe de línea este día, D. Cayetano Carabol y Abela, digno de todo elogio. La retirada se efectuó con el mayor orden militar, sosteniendo al enemigo hasta las puertas de la plaza, y causándole cuatro muertos y algunos heridos. Inmediatamente dispuso el Excmo. Sr. Comandante general, D. Ramon Gomez Pulido, que la artilleria maniobrara desde sus murallas simultáneamente con una lancha cañonera, cuyos disparos fueron muy acertados. Los centinelas de caballeria que se hallaban en diferentes puntos avanzados para dar aviso á los trabajadores, se libraron de un modo que parece imposible: la compañía de caballeria de la Plaza, á pesar de prestar un servicio muy extraordinario, no ha perdido hasta ahora un soldado.

El fuego de los moros continuó todo el día, y á las siete de la noche era aun mas violento.

La *Correspondencia Autógrafa* publicó una carta escrita en Ceuta con fecha del 6 de setiembre, en la que decía que desde las seis de aquella mañana, los moros no cesaban de hostilizar las murallas con tiros de espingardas, pero tan continuados, que no se oían mas que disparos por todas partes. Los trabajadores no salieron aquel día, y solo la artilleria y la lancha cañonera maniobraron contra los moros. El Excmo. Sr. Comandante general no descansaba un momento, siendo rara la noche que no se hallaba en las murallas y principales fortificaciones. El fuego duró todo el día, aumentándose á las ocho de la noche.

El 9 de setiembre á las cuatro de la mañana, se presentaron los moros ante la plaza haciendo fuego, las baterías de esta solo les dispararon siete granadas; pero una lancha con un cañon de á cuatro, debió causarles grandes pérdidas con los ochenta disparos que hizo, aunque no se sabe á cuanto ascendieron, porque tienen gran cuidado en recoger los muertos y heridos para que no los vea nadie. Algunas compañías de cazadores de Madrid, de Barbastro y el Fijo salieron á rechazarlos. Tres compañías, dos de las cuales eran de cazadores de Madrid y la otra de Barbastro, se lanzaron á la bayoneta sobre los parapetos y los rechazaron hasta cerca del Serrallo, causándoles cinco muertos y bastantes heridos. Nuestras tropas no tuvieron pérdida alguna. El día 10 salieron algunas compañías de Barbastro y de Albuera para prevenir otra provocacion; pero los moros no abandonaron el Serrallo.

Segun parte telegráfico de Algeciras fecha 14 de setiembre, se supo que el 11 por la noche, los moros de las cercanías de Ceuta, se reforzaron y atacaron las líneas españolas. El Comandante general mandó que se ocuparan inmediatamente las posiciones de las líneas para impedirles el paso; pero viendo que los moros insistían en sus ataques, mandó avanzar tres compañías y poner en movimiento las demás reservas.

Rechazados al fin los marroquies, se detuvieron en Casa-fuerte y en las alturas próximas á la Mezquita, cuyos dos puntos fueron tomados á la bayoneta por nuestros soldados con los jefes á la

cabeza: en este combate hubo muchos encuentros parciales. En el momento en que el Comandante general oyó el fuego, se presentó en el sitio de la accion, y dispuso que salieran de la plaza mas tropas de las que estaban en reserva. Los moros fueron desalojados y perseguidos hasta el Serrallo por los cazadores de Madrid. El día 12 se presentaron de nuevo los moros; pero una nueva carga que mandó hacer el Comandante general, los hizo huir hasta detrás del Serrallo. Esta accion duró bastante porque los moros se reforzaron tres veces: al anochecer del mismo día nuestras tropas se retiraron á sus posiciones.

Aquella noche se reforzaron nuevamente los moros y avanzaron hasta la línea. Destacadas algunas compañías de cazadores de Madrid, al mando de su jefe, para que ocupasen las líneas propias y no les permitieran adelantarse, fueron molestados durante la noche por el fuego enemigo, y en su consecuencia al amanecer del 13 marcharon á atacarlos tres compañías del citado cuerpo, llevando las demás en reserva, y los arrojaron de sus posiciones. Refugiados los moros en Casa-fuerte y alrededor de la Mezquita, fueron desalojados á la bayoneta, continuándose su persecucion hasta el Serrallo. Dispuesto el regreso á nuestras líneas, volvieron á presentarse los moros que cargados de nuevo, y á pesar de haber sido reforzados tres veces en la tarde, huyeron sin esperar, á ocultarse á espaldas del Serrallo. La mezquita fué respetada. El regreso á la plaza tuvo lugar al anochecer sin hostilidad alguna. La pérdida de los moros fué de 32 muertos, entre ellos un sheriff y mas de 40 heridos, habiendo dejado en el campo muchas espingardas. Los cazadores de Madrid tuvieron 12 heridos, tres de ellos de gumia: un cazador recibió cuatro heridas de esta clase en un combate que tuvo con dos moros que mató: uno de los cazadores heridos murió despues en el hospital. Los jefes, oficiales y tropa se batieron con un arrojo que raya en temeridad y con un entusiasmo indecible. El segundo comandante de cazadores de Madrid, viendo á un moro mejor vestido que los demás, y que parecia de alguna categoria, le mató de un pistoletazo, y habiendo sido examinado despues por algunos confinados, reconocieron en él al llamado *Cabo chico* del destacamento que guarnece el Serrallo. El Excmo. Sr. duque de Gor, primer jefe de cazadores de Madrid, regaló 100 rs. á cada uno de los soldados que mas se habian distinguido en las guerrillas, dió aguardiente á todo el batallon, y en el segundo rancho mandó repartirles vino en abundancia. El Excmo. Sr. Comandante general, que fué el primero que salió al campo enemigo, estuvo constantemente recorriendo los puestos de nuestros soldados y en los sitios de mayor peligro. Al retirarse nuestras tropas á la plaza, trajeron multitud de jaiques, turbantes, babuchas, algunas espingardas y otros objetos que los moros arrojaron en la huida: durante las quince horas que nuestros soldados estuvieron protegiendo los trabajos de fortificacion, que han continuado los siguientes dias custodiados por otras cuatro compañías de la guarnicion.

Entre tanto, el gobierno español habia enviado nuevas tropas á Africa y al cuerpo de observacion formado en Algeciras, en donde debian reunirse las fuerzas siguientes: cuatro brigadas,

compuesta cada una de dos batallones de infantería y dos de cazadores; los regimientos de línea son: el Rey, Borbon, Granada y Albuera; y los batallones de cazadores: Cataluña, Mérida, Barbastro, Madrid, Simancas, Talavera, las Navas y Alcántara: á cada brigada la acompaña un escuadrón de caballería; total, tres escuadrones; uno de los cuales es de cazadores de Mallorca y dos de cazadores de Albuera; además un escuadrón de artillería del segundo regimiento montado, una compañía de montaña, otras dos del regimiento de montaña y otra de ingenieros.

El 14 de setiembre se supo en Madrid que la caballería de Marruecos había atacado dos puestos franceses en la frontera de la Argelia, habiendo matado treinta hombres, entre los cuales había un comandante, un oficial y otro de administración militar. El gobierno francés se dispuso á castigar este atentado, para lo cual resolvió aumentar el ejército de la Argelia hasta 150,000 hombres, apoderándose por el pronto de la kabila de Benirsenhaleh, cuyos limites empiezan á cuatro leguas de nuestras islas Chafarinas.

Este acontecimiento dió lugar á diferentes rumores sobre si obraríamos en union con los franceses para vengar los insultos hechos á nuestro pabellón; pero semejantes voces carecen de fundamento, como igualmente las que anteriormente habian circulado respecto á las trabas que alguna nacion extranjera trataba de poner á nuestra expedicion. Lejos de eso, la *Patrie*, órgano semi-oficial de Napoleón, publicó á mediados de setiembre un artículo titulado *La Guerra de España contra Marruecos*, en el cual decía: «Cuando la Francia para vengar el insulto hecho á su cónsul por el bey de Argel, ocupó esta ciudad con satisfaccion de parte de la Europa, estermizó los piratas que infestaban aquella parte del Mediterráneo; lo mismo haria hoy la España con los del Riff. Para que la guerra no tuviese lugar, era necesario no solo que el gobierno de Marruecos diese satisfaccion á España y le pagase los gastos que han ocasionado los preparativos de guerra, sino que ofreciese garantías para el porvenir.

»Tan pronto como España haya comenzado esta guerra, cuyos resultados no pueden ponerse en duda, debe procurar apoderarse de territorio, y no detenerse hasta los últimos limites en que pueda fijar su bandera. La Europa entera le agradecerá sus esfuerzos para asegurar en aquellas comarcas el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

»Es un error pretender que Inglaterra haya intentado oponerse á esta guerra. No tiene derecho alguno para obrar así, y además, esta potencia conoce muy bien los deberes que impone á una nacion la obligacion de vengar las ofensas que recibe.

»La Francia, aliada natural de la España, no puede menos de ganar al estender esta su poder en aquellas regiones; pues preferirá para sus posesiones de Africa tener por vecinos á los españoles que á las hordas que el mismo emperador de Marruecos no puede someter á las leyes, ni al cumplimiento de los tratados.»

La prensa de la capital, unánime en pedir la guerra, difería algo mas en sus apreciaciones. El *Estado* consideraba que era segura la conquista.

La *España* escitaba al gobierno á obrar energicamente contra Marruecos, á despecho de las notas de Inglaterra. La *Epoca* censuraba las exageradas aspiraciones y los planes de los periódicos de la oposicion, sobre la cuestion del Riff, indicando al mismo tiempo la conveniencia de guardar una prudente reserva en este asunto. Las *Novedades* tachaba de negligente y poco previsora al gobierno, en la cuestion de Marruecos. La *Iberia*, ocupándose de las últimas noticias del Africa francesa, encarecía su gravedad y creía que los sucesos que han tenido lugar, lejos de complicar nuestros asuntos del Riff, nos abren camino para vengar duramente los ultrajes recibidos de los moros. El *Diario Español* insistía en creer que el gobierno no debe acudir á otros medios que los de la fuerza; pero recuerda á los periódicos de la oposicion que no es la primera vez que los rifeños han atacado nuestras plazas de la costa africana.

M. A. DE ERRO.

SECCION RELIGIOSA.

SANTA TERESA DE JESUS.

(Su festividad el 15 de octubre).

I.

A la Virgen de Avila, á la Doctora de la Iglesia española, á la elegida por el cielo para restablecer en toda su pobreza, en toda su austeridad evangélica la regla primitiva del antiguo y célebre Carmelo, corresponde un distinguido lugar entre los personajes cuya historia vamos bosquejando. Santa española, sus virtudes y padecimientos reclaman nuestra admiracion y entusiasmo; escritora inspirada y elocuente, nos arrebató el vuelo poético de su ardiente fantasia; fundadora de una orden que ha producido eminentes varones por su piedad y por su ciencia, conmueven su perseverancia y adoramos, en sus sufrimientos, en su resignacion, las altas virtudes de su sexo. Como caballeros, pues, como españoles y como literatos, damos hoy la preferencia en nuestras columnas á santa Teresa de Jesus.

Nació en la ciudad citada en la primera línea de este artículo, el 28 de marzo de 1515, y fué hija de D. Alfonso Sanchez de Céspedes, y de doña Beatriz de Ahumada, ambos de esclarecido linaje. Nueve hermanos y dos hermanas componian con ella una familia patriarcal, entregada continuamente á piadosas lecturas que, unidas al ejemplo de una madre cariñosa y adornada de la mas acrisolada virtud, sembraban en aquellos tiernos corazones puras é instructivas semillas, que debian producir con el tiempo abundante cosecha de santidad evangélica.

No nos detendremos en la relacion de los acontecimientos de los primeros años de nuestra heroína: unida por el mas puro afecto á su hermano Rodrigo, entreteníase en construir en el jardín de su casa altares ó ermitas, y en pedir al cielo la permitiese pasar al reino de Granada, á fin de tener que derramar su sangre en testimonio de la fé. Perdió á su madre cuando apenas contaba doce años; é inspirada por su intenso dolor, se arrojó al suelo delante de un retrato de la virgen Maria, y confió á esta la tutela de sus días.

Doña Beatriz, tan piadosa como instruida, y tan instruida como bella, no habia llevado en sus recreos la austeridad hasta el punto de negarse á la lectura de novelas y romances, y sin considerar las consecuencias de un entretenimiento tan peligroso cuando no está bien dirigido, habia admitido en él á la jóven Teresa. Resultó, pues, que desde el punto en que esta careció de los prudentes consejos de su madre, se entregó día y noche al placer de aquella seductora lectura. Ya su espejo la habia dicho que era hermosa, y no tardó en dar oídos á las insinuaciones de la coquetería, que se le presentaba con los mayores atractivos por el ejemplo de una prima suya, hasta que asegurada de los honestos fines de un pretendiente á su mano, así como de su notable condicion, anudó el principio de una intriga amorosa, que no supo ocultar á la vigilancia de su padre: este la metió en un convento.

Entró en él la bella Teresa con un disgusto al parecer invencible de la vida monástica, y salió, si no con un sentimiento contrario, al menos sin aversion á sus prácticas: esta modificación en sus ideas fué tambien la primera concesion de un alma que el Eterno se habia propuesto conducir al seno de su alta providencia, y el mismo esmero con que la jóven doncella procuraba agradar al mundo sirvió de instrumento para su gloria. Un tio que tenia, honrado caballero, que queria consagrar al claustro el último tercio de su vida, pidió á Teresa que le leyese las cartas de san Jerónimo, y ella, condescendiente y amable, fingía tener en esta lectura un contento que seguramente no experimentaba; y sin embargo, la union de aquellas epístolas conmovia insensiblemente el alma de la Virgen predestinada, y fructificaba en ella como el grano que cae por descuido en un sendero, y que produce un florido arbusto. Volvió, pues, al convento el año de 1535, y recibió el velo, emblema de su union mística con Dios; pero un alimento desusado, una oracion continua, una existencia tan distinta de su vida pasada, alteraron su ya delicada salud; y desde entonces comenzó para ella una série de padecimientos físicos, entre cuyos dolores aspiraba á subir la áspera y dura senda que conduce hasta la deliciosa cima de la Jerusalen celeste.

No en vano repelia la doncella sin cesar: «¡O sufrir, Dios mio, ó morir!» El cáliz de sus amarguras se llenó hasta los bordes; pero su resignacion invencible en medio de tantos dolores, su ardiente fé llenaron de admiracion profunda á un sacerdote, y le hicieron abandonar la criminal inclinacion en que vivía enredado. Esta conversion fué un bálsamo para los males de Teresa, en cuyo cuerpo no habia parte que, ligeramente tocada, no le produgese agudísimos tormentos; sus nervios se hallaban horriblemente contraídos, y de todos los miembros no podia mover mas que un dedo. Esta vislumbre de vida pareció extinguirse tambien: su sepultura estuvo abierta 24 horas, y cuando recobró el uso de los sentidos, tenia pegados los párpados de los ojos con la cera de una bujía que habian acercado á ellos para asegurarse de su muerte. Condújola su padre á los baños; y si cuando volvió no era un cadáver, tampoco podia pasar por un cuerpo animado; y despues de seis meses de una impotencia absoluta, se

creyó dichosa en poder arrastrarse para andar con las manos y las rodillas. Devolvió el cielo á Teresa, aunque no completamente, la salud ansiada para que la debilidad del cuerpo no se opusiese á la oracion y al martirio; pues por espacio de veinte años nada pudo comer antes de medio día sin arrojarlo, viéndose obligada todas las noches anteriores á los días en que debía comulgar, á procurarse un vomitivo artificial por medio de una pluma mojada que introducía en su garganta.

II.

Hallándose en el mas fuerte período de su enfermedad, hizo Teresa voto solemne de observar la regla de la orden con toda la rigidez de los primeros tiempos, y de fundar un monasterio, en el cual se pudiese morir para el mundo del mismo modo que lo hacían las santas religiosas del monte Carmelo: supose su designio, y se levantó contra ella una tempestad de murmuraciones y de bufonadas, porque toda la orden vió en este retroceso hácia la antigua disciplina una injuria á los demás conventos, en los cuales reinaba entonces la regla de la observancia moderada. La municipalidad de Avila, convocada para dar su dictamen acerca de las ventajas ó inconveniente del establecimiento del nuevo monasterio, se mostró contraria á él; y el provincial, cediendo al torrente de la oposicion, revocó el permiso. Teresa continuó sus esfuerzos á pesar de tan terribles obstáculos, implorando como san Pedro el auxilio de su divino Maestro, y por último, despues de dos años de fatigas y de inquietudes, sin socorro humano, ni un maravedí para los gastos precisos, consiguió que llegasen las bulas del papa Pio IV, y consagró, bajo la advocacion de san José, una casita, dando el velo á doce religiosas, que abrazaron el voto de no tener mas que á la Providencia por sustentadora, unas sandalias por calzado y un poco de paja por lecho. El perfume de santidad que esparcía el nuevo monasterio inspiró á otras ciudades un vehemente deseo de poseer otros de la misma regla, y no tardaron muchos años en envanecerse Medina del Campo, Valladolid, Palencia, Burgos, Segovia, Salamanca y Sevilla, por haber adquirido conventos fundados por la misma santa Teresa. La aspereza del camino se habia suavizado ya para nuestra heroína, si nos es dado decirlo así: priora de su monasterio, no dependía tanto como antes de voluntades ajenas; y el nuevo Nuncio apostólico, favorable á sus designios, le confería estensos poderes, añadiendo que deseaba que se multiplicasen aquellas casas reformadas como los cabellos de su cabeza. Con todo, tenía que luchar contra su propia vejez, contra una fiebre crónica, contra los impedimentos suscitados por los adversarios de la regla, y contra otros muchos obstáculos que seria prolijo enumerar.

Tuvo, sin embargo, antes de morir el consuelo de ver elevarse sobre las bases de su reforma diez y siete monasterios de monjas y quince de religiosos; pues tambien habia obtenido poderes para instituir Carmelitas descalzas, cuya orden tuvo principio en Dornelo, con los dos cenovitas Antonio de Jesus y el bienaventurado san Juan de la Cruz, bajo el priorato de este último y con la disciplina de una regla que la misma santa Teresa les habia redactado. Hallábase esta

en Palencia, y allí esperiméntó el mayor placer de su vida con la noticia de la decision del capítulo reunido en Alcalá á costa del rey D. Felipe IV, que veneraba á santa Teresa; decision que puso el sello á sus fundaciones, separando bajo la autoridad de dos provinciales independientes las órdenes de la observancia mitigada y de la estrecha observancia.

Volviendo de Burgos á su convento de Avila, quiso visitar la casa religiosa de Medina; pero volcóse el carruaje y tuvo que detenerse en Alba de Tormes: conducida al convento de sus Carmelitas, pasó los primeros días de su última enfermedad en incesante oracion. Agotáronse sus fuerzas por una terrible disenteria, y habiéndole preguntado el lugar en que quería que se depositasen sus despojos mortales, respondió:—«¿Hay en la tierra cosa alguna que me pertenezca? no habrá quien me preste algunos piés de tierra?» La enfermedad habia paralizado todos sus miembros, á escepcion de los ojos y de la lengua; y cuando le llevaron bajo el velo de la Eucaristia á su divino Esposo, exclamó con alegría:—«Venid, Señor; gracias os doy porque habeis señalado la hora en que vuestra sierva deje este destierro.» Sostenida por una carmelita, permaneció el último día de su existencia desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche con los ojos clavados en un crucifijo: su alma, libre de las ligaduras mundanas, voló á saborear una felicidad, cuyas primicias habia gustado mil veces en éstasis arrobadores.

Murió el día 14 de octubre de 1582, que coincidió con la introduccion del calendario Gregoriano, y fué depositada el 15, el cual celebra la Iglesia, habiendo tenido especial cuidado en inscribir ante todas las fiestas del mismo día los honores que decretó á santa Teresa, beatificada en 1614 por Paulo V, y agregada al número de los santos en 1622 por bula de Gregorio XV, al cual se unió Urbano VIII para conceder á la virgen de Avila un título especial en su sexo: el de Doctora de la Iglesia. Un año despues de su muerte, fué reclamado el cuerpo por su ciudad natal: halláronlo en un estado de conservacion perfecta, fenómeno que cuatro años despues edificó de nuevo á los fieles, cuando el famoso duque de Alba obtuvo del Papa que la preciosa reliquia fuese devuelta á su primera sepultura.

La nacion española, la patria de los Pelasgos, adoptó á la Virgen de Avila por la segunda patrona, al lado de Santiago el Mayor, cubriendo con su católico estandarte al apóstol de quien recibió la vida de la fé, y á la carmelita á quien dió la vida de la naturaleza.

III.

En vida de nuestra heroína contaba España con insignes y santos varones que la Providencia le habia deparado para garantir al pueblo católico por excelencia contra las irrupciones de la heregia. San Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja ó Borgia, el bienaventurado Juan de la Cruz, y el célebre monje dominico Bañel fueron amigos de santa Teresa, la que por obedecer al último, escribió su *Camino de la perfeccion*. No fué esta, sin embargo, su primera obra; pues á ella precedió la *Historia de la vida y la de sus fundaciones monásticas*.

El sentimiento, las imágenes, los giros alta-

mente poéticos no son en la historia de la doctrina de la Iglesia vanos recuerdos buscados de intento para ostentar mérito literario, para agradar ó para seducir: aquel libro es una relacion seguida de los afectos del alma, un cuadro en que el alma llora á los piés del Criador; narracion ingénuo que revela todos los pensamientos de la Santa, y que por el candor que respira, ha merecido el título de *Confesiones*, historia mil veces comenzada, mil veces interrumpida y vuelta á seguir, sin que su autora tuviese tiempo ni aun para leer las últimas páginas que habia escrito: exhalaciones puras del corazón, en que el estudio tuvo tan poca parte, que el manuscrito autógrafo conservado en el Escorial, no contiene la menor enmienda. No se busquen en la vida de santa Teresa las agitaciones de una alma indecisa entre su Dios y el mundo, porque no se encontrarán: aquellas hojas contienen toda la dulzura de su fervor infantil, las faltas de su adolescencia, época en que la coquetería cruzó por su mente sin dejar en ella señal de sus estragos, y la viva pintura de las enfermedades crueles con que el cielo quiso probar su heroica paciencia. Despues llegan los singulares favores divinos, que recompensaron sus padecimientos en la oracion, y dieron nuevo impulso á los progresos de su piedad; añádense á estos favores la incertidumbre dolorosa entre una conciencia persuadida de la realidad de sus visiones y la incredulidad de su director que solo veía en ellas la ilusion de un espíritu débil, engañado por una santa locura, y por último, la repugnancia de un tierno corazón á romper los lazos de sus inocentes afecciones, que presentaban en el claustro á su imaginacion los encantos mundanales.

Santa Teresa oyó de su Dios el precepto de que no hablase con los hombres, porque la tenia predestinada para conversar con los ángeles; y en todas sus conferencias le responde ella con toda la amable libertad de una esposa adorada.

Hé aquí el secreto de esa melancólica y tierna dulzura que difunden los escritos de la Virgen de Avila, de esa brillante imaginacion que se revela en el espinoso campo de las discusiones teológicas; hé aquí por qué se encuentra muchas veces una poesia sublime en unas páginas, en las cuales se esperaba hallar un ascetismo riguroso. Y sin embargo, la idea primordial de la incesante presencia de Dios resalta en esas obras con tal fuerza de raciocinio, con tan verdadera unción, con tan firme fé, con tan inimitable elocuencia, que la oracion es la precisa consecuencia de tan deliciosa lectura. Pregunta la Doctora:—«¿Por qué la humildad es una virtud tan agradable á Dios?» Y responde sin vacilar:—«Dios es la verdad; luego caminar humildemente es caminar por la senda de la verdad, por la senda de Dios; porque el hombre es todo inconstancia, imperfeccion, fragilidad, y sus grandezas, su gloria, sus tesoros, los favores con que le dota la misma naturaleza, tienen un fin marcado y no tardan en convertirse en polvo.»

El cuarto, en el orden de sus escritos, pero uno de los primeros, segun opinion de algunos sabios, es la *Fortaleza del alma*, obra que compuso obedeciendo á Gerónimo Gracian, uno de los hombres á quienes mas apreciaba entre los carmelitas de la nueva reforma. De su comentario sobre el *Cantar de los cantares de Salomon*, solo

nos queda un fragmento, que por fortuna se escapó de las llamas. Santa Teresa considera la ternura del esposo y de la *sulamita* como un símbolo de aquellas místicas caricias, con que el que ha dicho: — «Yo soy el amor» (*ego sum caritas*) recompensa al alma pura en los diferentes grados de la oración. Asustado su confesor al saber que la Virgen inspirada se había ocupado en tan arduo y delicadísimo trabajo, exigió la destrucción del manuscrito antes de haberlo leído, y la dócil penitente obedeció sin murmurar.

En la colección de sus cartas, escritas muchas con un contento candoroso, se pinta un carácter digno de veneración y de profundo cariño, un corazón dominado por la ternura, por la humildad y por la paciencia, una confianza inalterable en las promesas divinas. ¿Qué podríamos añadir nosotros al testimonio de los grandes hombres que han emitido sus opiniones sobre las obras de santa Teresa? El venerable Palafox, obispo de Osma, dice la *Biografía Universal*, las ha comentado con el respeto que se concede únicamente á los libros santos. Bosuet llama á la doctrina que encierran, doctrina celestial, y la Iglesia recomienda su lectura como una de las más edificantes. Pureza de lenguaje, rica imaginación, innumerables galas poéticas, entusiasmo y elocuencia oratoria, son las dotes principales, literariamente hablando, de los escritos de nuestra Doctora; el devoto encuentra en ellos la verdadera fé, el amor de Dios en toda su grandeza y poderío; el desgraciado ejemplos extraordinarios de resignación; el rico otros no menores de desprendimiento; el pobre consuelos y esperanzas; el curioso la relación de una vida pecadora y ejemplar; el poeta fantasía; el literario.

En cuanto al hombre pensador, no puede dejar de reconocer en esos escritos el invisible soplo de la sabiduría eterna que dictó las palabras de la Virgen inspirada.

Entregada continuamente santa Teresa á un ascetismo consolador, es sagrada como el acento de los claustros que se pierde entre ruinas; y confiando sus pensamientos á la sencilla pluma que retrataba sus deseos, es cándida y sencilla como el murmullo del arroyo que se pierde entre las flores.

En las páginas de sus escritos, hay una naturalidad edificante, un desaliño inspirado que oculta nuevas gracias, y una verdad que convence sin recursos estudiados. Es el corazón el que habla, la pluma la que copia. No existe en sus palabras la robusta inspiración de Fr. Luis de León; no convierte en pensamientos religiosos los giros profanos de los clásicos maestros: es una poetisa sin reglas, una escritura sin modelos, porque sus deseos salen del corazón, y su pluma corre libremente á merced de la convicción. No es la Safo del amor divino: entre la querida de Dios y la menos preciada de Faon, hay la inmensidad de las creencias, hay la inmensidad del porvenir. Santa Teresa de Jesús solo desea la eternidad; Safo el amor. Ambos corazones suspiran por un deseo: uno espera en Dios, otro en el hombre.

Después de santa Teresa se desplegó en el corazón de las españolas una tierna inspiración, vaga, ideal, que se parecía mucho á los sueños estáticos de la divina Doctora.

EL CONDÉ DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LA CIGÜEÑA.

La cigüeña (*Ardea ciconia*, Linn.) ocupa su lugar en la clase de las aves y orden de las zancudas, no habiendo apenas pueblo donde no sea conocida: este animal es muy desproporcionado en su estructura, pues á unos tarsos sumamente desnudos y elevados como á un cuello de bastante longitud, reúne un cuerpo pequeño; su cabeza es angosta y poco redonda; buenas alas, revestidas siempre de pluma blanca y negra, bajo de las cuales se encuentra otra más fina, que sirve para formar con ella los penachos llamados *marabú*; su pico es enteramente recto, y además no tiene hendidura nasal, lo cual sirve de especial carácter para distinguirla de otras aves de la misma familia.

Los sitios que las cigüeñas eligen con preferencia para sus nidos son los campanarios, eminencias de las torres antiguas y palacios, con el objeto de poder tender su vuelo con más facilidad y sustraerse de la capciosidad del hombre, pudiendo en dichos sitios reposar con más tranquilidad y entregarse más agradablemente á la cría de sus hijuelos. Es la cigüeña ave casta y templada, pero muy celoso el macho, por lo que no se separa mucho de la hembra, y particularmente en la época de la incubación, en que comparte con el mayor esmero el cuidado de cubrir los huevos: su alimento consiste principalmente en reptiles, como ranas, culebras, lagartos, etc., de los que hacen partícipes á sus polluelos. La cigüeña nunca pone más de cuatro huevos, y aún á veces solo dos, siendo un mes el espacio que media entre la postura y la salida de los nuevos séres: asegúrase que solo se reproducen una vez, en prueba de lo cual el número de nidos es siempre el mismo generalmente; y que el retorno anual á estos se verifica solamente por los hijos: no tiene canto ninguno; únicamente produce un ruido particular con el pico, cuyo sonido raro se parece al de una carraca, y puede considerarse como indicio de benevolencia y satisfacción, pues lo hace cuando vuelve al sitio donde tuvo su nido en el año anterior, cuando sus hijuelos aciertan á posarse las primeras veces que empiezan á volar, y en otras muchas ocasiones. Han sido y aun son hoy día las cigüeñas objeto de respeto y aun de veneración en algunos países, en atención á la propiedad que tienen de limpiar la tierra de los animales que la infestan: su vuelo es tardío y pesado, pero muy sostenido, en cuyo ejercicio dirige hácia atrás los pies tendidos como para servir de equilibrio á lo restante del cuerpo y cuello: cuando posa en tierra, sus pasos son graves y mesurados, por cuya razón los antiguos la presentaban como el símbolo de la prudencia, y cuando en el nido se encuentra cuidando á sus hijuelos, generalmente descansa sobre un solo pié. La cigüeña es ave viajera ó emigratoria, esto es, que no habita de continuo en nuestro continente, y si solo se presenta en él en cierta y determinada época del año, en que la temperatura comienza á ser más benéfica: cuando llegan á nuestro país, generalmente es á principios de febrero y ordinariamente es de noche, viniendo con gran orden

y concierto, siguiendo en su curso las más jóvenes á las de más edad, que van siempre sirviendo como de guía, y hacen alto por lo regular junto á las lagunas y sitios pantanosos por hallarse en ellos los animales que para su alimento necesitan.

Hace algunos años leíase en un periódico el siguiente curioso caso de emigración ocurrido con una cigüeña. Un caballero polaco tuvo el gusto de coger viva una de ellas, á la cual puso por adorno en el cuello un collarín de plata, y en él la siguiente inscripción: *Hæc ciconia est Polonia*; soltóla después, y llegada la época de la emigración, dicha cigüeña desapareció con sus compañeras en busca de clima más templado: así lo fué efectivamente; el buen polaco tuvo sumo cuidado el año inmediato de observar la llegada de las cigüeñas, hasta que amaneció un día en que volvieron á aparecer, y el tal caballero vió con sorpresa á una de ellas con el collarín; mas este era de un metal diferente en color al que él había puesto á su volátil viajera: suponiendo con algún fundamento que aquella cigüeña debería ser la misma del año anterior, redobló sus esfuerzos para poder cogerla, hasta que logró conseguirlo, y examinada detenidamente, halló que el collar que á la sazón llevaba no era ya el de plata que él le había colgado el año anterior, sino que era otro de oro y en su lugar correspondiente otra inscripción que decía así: *India cum donis ciconiam mittit polonis*.

Esto prueba: en primer lugar, que aquella cigüeña había estado en la India, país más cálido respectivamente del nuestro, y que las altas temperaturas son más conformes con su organización; por último, que allá en los otros países dió con un hombre tan curioso como el polaco, y más satisfecho quizá de la alhagüeña posición que ocupaba.

Dos especies de cigüeñas son las que más comúnmente se ven en nuestro país, esto es, la blanca y la negra, siendo la primera la que, aunque indignamente, acabamos de describir.

J. A.

CRÓNICA ESTRANJERA.

En Nápoles, de cuya sorda agitación y poco lisonjera situación hablamos en nuestra crónica anterior, según un despacho recibido estos días de Marsella, no se había tomado aun ninguna medida conciliadora, capaz de establecer un completo sosiego en el ánimo del público.

Dícese que los representantes de la Cerdeña no autorizarán probablemente el tratado de Zurich. Sea cual fuere este tratado, el *Morning Chronicle* cree saber que solo llevará las firmas de Austria y Francia, y que los preliminares de Villafranca serán completamente mantenidos en él.

El rey Víctor Manuel, en su reciente escursión por la Lombardia, ha sido aclamado con el mayor entusiasmo, no solo por los pueblos, sino también por las tropas francesas allí acantonadas, entre las cuales figura el regimiento de zuavos que con tanto arrojo combatió en Palestro á las órdenes del monarca sardo. Su viaje ha sido, en aquellas provincias, una no interrumpida ovación.

El espresado soberano recibió, en efecto, según se había dicho, á la comision romana que fué á comunicarle la declaracion de la asamblea de Bolonia, en favor de la anexion de las Legaciones al Piamonte. La respuesta del rey, no menos digna que las anteriormente dadas por él á las comisiones de Toscana, Parma y Módena, que, como es sabido, le espresaron el mismo voto de anexion, fué en sustancia la siguiente:

«Como principe católico no faltaré jamás á la profunda reverencia debida al jefe de la Iglesia; pero, como principe italiano, no puedo ni debo olvidar que la Europa reclama en favor de la Romania reformas urgentes. Acogiendo con agradecimiento vuestros votos, yo seré intérprete de ellos ante el tribunal de las grandes potencias, y desde luego cuento para que sean atendidos, con la justicia de la Europa y el apoyo del emperador de los franceses. La Europa comprenderá la urgente necesidad de cerrar la era de las revoluciones en Italia, otorgando á vuestros votos todas las satisfacciones posibles.»

Aunque todavía no se ha señalado el dia fijo en que deben reunirse los representantes de las potencias en la capital de Bélgica, corria estos dias en Paris la voz de que el nuevo congreso empezará sus tareas el 20 del actual. ¡Qué tiempo tan deplorablemente malgastado el que la diplomacia ha perdido en Zurich!

Deciase en Bruselas que entre las bases del congreso que debe celebrarse en esta ciudad para el arreglo de la cuestion de Italia, se encuentra la de que Austria y España renuncien á los derechos que pudieran tener un dia á los ducados de Parma y Módena.

Decididamente: la diplomacia ha perdido la brújula, en términos que nadie sabe ya á que atenerse respecto de las cuestiones pendientes de arreglo; las dudas y las contradicciones rayan en lo increíble. El *Morning Post* dice que en Zurich no se ha resuelto siquiera la cuestion de la deuda lombarda; que el viaje del rey de los belgas es ageno á toda idea de congreso, y que este no tendrá lugar. Para colmo de confusion, las noticias de Alemania, recibidas estos dias en Paris, en completa contradiccion con las de Inglaterra, aseguran que habrá congreso, y que, debiendo ser presidido por un rey, se compondrá de principes de sangre real; y que, además de las grandes potencias y la Cerdeña, tendrá su representacion en él España, por los intereses del duque de Parma. ¿A quién y á qué darémos crédito en este laberinto de opuestas noticias? A nadie y á nada, hasta que los hechos oficiales pongan de manifiesto la verdad.

Luis Napoleon ha invitado á las diputaciones de los Ducados á esperar en Paris su regreso de Biarritz.

Las recientes noticias de la India inglesa, recibidas por conducto de Trieste, son desfavorables á la Inglaterra. Se han embarcado en Bombay 10,000 soldados europeos, licenciados á peticion suya, lo cual ha aumentado mucho la agitacion entre los indigenas.

A consecuencia de los recientes ataques de los marroquíes sobre las fronteras argelinas, las tropas francesas se concentraban en Nemours (Argelia), porque aquellos, no contentos con haber atacado las ciudades de Lalla-Myhrnia ó Nedrowna, incendiaron un establecimiento francés de minas, despues de lo cual se retiraron. Las autoridades militares continúan tomando prontas

y enérgicas medidas, y una fuerte division debe pasar en breve la frontera para apoderarse de la ciudad de Ouchda, y castigar á los marroquíes en su propio territorio.

A propósito del desastre de Pei-Ho, de que ya hemos dado cuenta á nuestros lectores, añadiremos que el gobernador chino de Canton dijo á los comerciantes europeos que el emperador no se niega á recibir embajadas que no vayan acompañadas de aparato hostil, y que del descalabro de Pei-Ho solo son responsables los franceses é ingleses que intentaron penetrar á viva fuerza; que por esto fueron enérgicamente rechazados, como lo serán siempre que vuelvan del mismo modo.

A pesar de estas observaciones, que, en nuestro concepto, son por demás fundadas, según cartas últimamente recibidas de Paris, los buques destinados á la espedicion contra la China se hallan dispuestos á hacerse á la vela en el puerto de Tolon.

En Constantinopla continuaban las prisiones en gran escala: hay presos generales, coroneles, ministros del culto y otros personajes de todas gerarquías; uno de los jefes de la conjuracion, general de artillería, se ahogó en el Bósforo. Se ha prohibido en Turquía la circulacion de periódicos.

En un banquete dado en Lóndres, y al que han asistido muchas personas notables, Wilson, el secretario inglés de la India, hizo el elogio de la alianza que existe entre Francia é Inglaterra, diciendo que todos los partidos desean el sostenimiento de ella. No Wilson, sino los hechos, nos dirán si es cierto que existe ó no la alianza franco-británica.

El *Monitor* publicó dias pasados la siguiente nota, que prueba lo que han escocado ciertos rumores:

«Algunos periódicos extranjeros han asegurado que á la solucion de la cuestion de Italia, seria obstáculo el deseo del emperador Napoleon de fundar un reino para un principe de su dinastía. Semejantes rumores no necesitan ser refutados: para quitarles toda importancia, basta, además de los compromisos de Villafranca, recordar los actos y las palabras del emperador antes y despues de esa época.»

Noticias de Fez anuncian que no puede determinarse con certeza cuál de los hijos del difunto emperador de Marruecos conseguirá proclamarse emperador en todo el territorio marroquí: tal es el estado de inquietud y de division en que se hallan los mas importantes centros de la poblacion del Imperio.

Aseguran algunos que la Francia y las potencias del Norte se hallan de acuerdo en todo lo relativo á la cuestion italiana; y creen que hasta el regreso de Luis Napoleon de su excursion veraniega, no se activarán las negociaciones del Congreso europeo.

A Zurich ha llegado de incógnito el principe Napoleon, lo cual no impide, sin embargo, que todos crean que lleva instrucciones de Luis Napoleon, relativas á la Conferencia. Dicese que su estancia en dicha capital será breve. Esta circunstancia aumenta mucho los grados de verosimilitud de la espresada creencia. Como quiera que sea, lo cierto es que los meses pasan, y la cuestion, ó por mejor decir, las cuestiones de Italia no adelantan un paso hácia una solucion satisfactoria.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 26 de setiembre, se manda que el conservador del teatro Real se ha de nombrar entre los autores dramáticos, actores liricos, ó personas que por sus escritos y estudios en la materia se consideren mas á propósito para dicho destino.

— Por real decreto inserto en la *Gaceta* del 30 de setiembre, se ha concedido al señor ministro de Fomento un suplemento de crédito de 245,555 reales para material de las secciones provinciales del ramo. Dicho crédito se cubrirá con el escedente que resulta entre los ingresos y gastos del mismo presupuesto.

— De real orden se ha prohibido depositar en los almacenes y parques de artillería la pólvora y municiones que tengan sobrantes los cuerpos del ejército.

— Se ha autorizado á D. Juan Bautista Campaner, vecino de Mataró, para que, en el término de un año, pueda practicar los estudios de encauzamiento del rio Besòs y sus afluentes, desde el término de Ripollet hasta el mar, en la provincia de Barcelona, con objeto de evitar las inundaciones que causa en sus avenidas, mejorar el estado sanitario de algunos pueblos ribereños y utilizar convenientemente sus aguas en el riego.

— Los gastos del Estado en el presente mes de octubre, según la distribucion de fondos acordada en el último Consejo de Ministros, ascenderán á 144,000,000.

— De real orden se ha mandado proceder á la formación definitiva del escalafon de jefes y oficiales de las Secciones de Fomento de los gobiernos de provincia.

— S. M. la Reina, conformándose con lo propuesto por la direccion de Correos, se ha servido disponer:

1.º Que cuando se presenten para su conduccion por el correo autos entre partes, la una rica y la otra mandada defender por pobre, se franqueen, según el caso, de la manera siguiente. Primero. Por todo su valor si la parte á cuya instancia se ponen en circulacion, es la pudiente ó rica. Segundo. Con arreglo á la real orden del 15 de febrero de 1853, si es á solicitud de la parte pobre. Y tercero. Satisfaciendo solo la mitad del porte y anotando en el sobre la mitad, como se hace con los pliegos de oficio y pobre, si la remision es á instancia de ambas partes, entendiéndose que es así, si la parte rica, aunque no promueva la apelacion, se ha adherido á ella.

2.º Para determinar cualquiera de estos tres casos, es requisito indispensable que se diga terminantemente en la certificacion que el escribano debe estampar en el sobre, visada por el juez ó fiscal, á instancia de qué parte se verifica la remision del pliego ó autos, sin cuyo requisito no se les dará curso, á menos que no se franqueen por todo su peso; y en el caso de haberse adherido la parte rica á la apelacion, aun cuando no la hubiese promovido, se consignará además esta circunstancia.

— D. Antonio de Lesarri ha sido autorizado, por el término de un año, para verificar los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Gallu

y pasando por las Cinco Villas, termine en Tafalla.

—El día 23 de setiembre la sacra y venerada Asamblea de san Juan de Jerusalen, constituida en tribunal, tuvo la satisfaccion de felicitar al serenísimo señor infante D. Sebastian, gran prior de la misma, por su regreso á España.

—El 22 empezó la feria grande de Zaragoza con la mayor animacion.

—Se han promovido en Sevilla los espedientes para el establecimiento de una granja-modelo en aquella capital, y la pension de un jóven que estudie la agronomia en el extranjero ó en la escuela establecida en la córte.

—Los obispos nombrados para formar parte de la alta Cámara son siete; entre ellos los de Cádiz, Lugo, Mallorca y Teruel.

—Se ha publicado en la *Gaceta* del 27 de setiembre el reglamento de la Escuela especial de ingenieros de minas.

—Durante el mes de setiembre han entrado en Bilbao doce buques cargados de bacalao, los cuales han sido vendidos sin dilacion al interior de la Península. Los precios á que se han espendido, son: Escocia, primera, á 179; Irlanda, primera, á 160; idem, segunda, á 154; Noruega, primera, á 154; id. segunda, á 150.

—Desde el 17 hasta el 23 de setiembre circularon por el ferro-carril de Madrid á Alicante 18,239 viajeros. Los productos obtenidos por la empresa durante dichos dias ascendieron á 1.131,819 rs. 15 céntos.

—Se va á proceder en la maestranza de artilleria de la Coruña á la construccion de 188 tiendas de campaña, capaces de contener cada una de ellas 20 hombres.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Las empresas de teatros no han renovado sus carteles en toda la semana anterior. El del Circo ha continuado poniendo en escena, aunque con entradas bastante flojas, el drama titulado *Baltasar*, para dar lugar á los ensayos de *El Protegido de las nubes*, traduccion del francés, y de *La Llave de oro*, del Sr. Eguilaz.

El teatro del Príncipe tambien ha retardado la representacion de la comedia *Los Maridos*, gracias á las buenas entradas que ha proporcionado á la empresa la comedia del Sr. Escriche *El Rey de bastos*, en la que los actores recogen diariamente gran cosecha de aplausos.

En Novedades ha alternado con *La India* el drama titulado *Fabio el Novicio*, traduccion de D. Ventura de la Vega, en la que se ha hecho aplaudir con justicia el Sr. Tamayo (D. Victorino).

El coliseo de Jovellanos nos ha dado como novedad la tercera ó cuarta traduccion de una co-

media de Scribe, traducida primero por el señor Olona con el titulo de *Uno en dos*; despues por el Sr. Scarlati, con el de *Las Tropas del archiduque*, y no recordamos tambien si lo fué en sus tiempos por el Sr. Valladares y Saavedra. A pesar de estas diferentes versiones, el libreto del Sr. Pina, bautizado con el titulo de *Enlace y Desenlace*, ha tenido buen éxito, gracias á las piezas musicales de que el Sr. Oudrid ha sabido adornarlo, sobre todo los acompañamientos, que son de muy buen efecto. En la ejecucion de esta zarzuela se distinguieron la Sra. Santa Maria y los Sres. Obregon, Caltañazor y Fuentes: tambien la Srta. Zamacois y la Soriano estuvieron muy acertadas, sobre todo esta última.

El teatro de Lope de Vega tampoco nos ha dado nada nuevo, habiendo continuado con la comedia de inauguracion, titulada *Cada oveja con su pareja*, en la que se hace aplaudir cada vez mas la Srta. Berrobiano, alumna del Conservatorio y discipula del Sr. Romea.

Finalmente, el circo de Price ha continuado bastante favorecido del público, gracias á la acertada direccion de su representante, y al indisputable mérito de los hermanos Mariani y de Frank Pastor, Mr. Barnes y Franklin.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Les Romans de la Table-Ronde, par M. Hersart de la VILLEMARQUÉ. Un vol. in-12°; Didier.

Esta obra se divide en dos partes: en la una estudia el autor los orígenes de una considerable porcion de la poesia caballeresca; en la otra traduce tres narraciones populares, tres leyendas galáicas, que basta comparar con los romances franceses mas antiguos para desengañarse de que corresponden á una fecha anterior. Una sábia introduccion examina el punto del origen del ciclo épico de la Mesa-Redonda. El estudio comparativo de estos romances con las tradiciones célticas, permite considerar la narracion de las expediciones de Arturo y de sus compañeros, como el depósito de las tradiciones mas antiguas é incontestables de la nacion bretona. Un apéndice ofrece algunos textos poéticos originales, con una nota acerca de su ritmo.

Académie française.—Discours de MM. Villemain et Guizot, prononcés dans la séance annuelle du 25 août 1859: in-8°; chez Didier.

Páginas permanentes son de historia literaria y moral, una relacion de Mr. de Villemain acerca de las recompensas concedidas por la Academia á las letras, y otro de Mr. Guizot, acerca del valor de la virtud. La série de relatos de Mr. de Villemain, p. ej., forma una historia aguda de

aquel movimiento de discretos y sábios estudios que tanto corresponde á una Academia el alentarlos, como el describirlos incumbe á un elocuente narrador. El último discurso de Mr. de Villemain prosigue con belleza y superioridad las delicadas apreciaciones en que tan elevado sentimiento se advierte de la grandeza de las letras y de las condiciones que las sostienen. En pocas y enérgicas páginas ha prodigado por su parte Mr. Guizot digno homenaje á esas oscuras abnegaciones, á esos egoismos ignorados, que, fiel la Academia á los votos de Mr. de Montyon, se propusiera por objeto descubrir y coronar. Regocijos literarios realzados por tales acentos son bien poco comunes hoy dia, para que no agrade el conservar su recuerdo, y el anhelo de los lectores corresponderá indudablemente al anhelo de los oyentes.

L'Enfant, par Mme. ***. Un vol. in-18°; L. Hachette.

La educacion es un manantial inagotable á donde acuden á satisfacerse, no solo los escritores y teorizadores, si que tambien los meros observadores. A menudo opinan estos, que es deber suyo entregar al público la masa de los menores hechos que se han producido á su presencia, y forzosamente en esta exposicion refieren estos hechos mínimos á un pensamiento comun; los clasifican y acaban por organizarlos en forma de sistemas. A esta natural tendencia del espíritu humano es á lo que debemos una multitud de trabajos y resúmenes, algo escritos con inspiracion y premura, donde por consecuencia no podria brillar un método riguroso; pero que se recomiendan decididamente á nuestra indulgencia é interés aun por las pocas pretensiones que les acompañan, y sobre todo por las observaciones curiosas y los consejos de buena fé que encierran. Tal es el mérito principal del libro titulado *El Niño*.

Godefroid de Bouillon et les rois latins de Jerusalem, par le baron de HODR. Un vol. in-8°; Cassterman.

Hé aquí un volúmen lleno de investigaciones curiosas de estudios, de monumentos, de textos, de inscripciones, de crónicas, de citas en todas las lenguas, todo en el reducido punto del reino de Jerusalen fundado en 1099 por los cruzados. Mas no por eso carece del privilegio de suscitar la curiosidad y mútuos debates de los eruditos y paleógrafos. Se puede sentir que este estudio se halle reducido á tales limites, por interesantes que los haya hecho, y no haya apelado en su favor á la economia é historia política.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Ocho dias en el Castillo*, por Federico Soulié, pág. 657.—*Páginas del corazon*, por D. Rafael del Castillo, pág. 662.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 663.—*La Cuestion de Marruecos*, pág. 666.—*Seccion religiosa*, pág. 668.—*Seccion científica*, pág. 670.—*Crónica estranjera*, pág. 670.—*Crónica española*, pág. 671.—*Revista de teatros*, pág. 672.—*Bibliografía estranjera*, pág. 672.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.